

# CYBERTERROR -AUSTRAL-

SPEEDWAGON 2024

ZAWARUDO-010

*CYBERTERROR: AUSTRAL*

Selección de:

FELIPE A. BENAVIDES RAMOS & JESÚS TODEMUN

# CYBERTERROR -AUSTRAL-



CyberTerror: Austral  
Selección de Felipe A. Benavides Ramos y Jesús Todemun

©Felipe A. Benavides Ramos, Jesús Todemun, I.A. Galdames, Mauricio Ahumada Jones, Claudia Rendi, Alfredo Rodríguez Pérez & Romina Riquelme

©De esta edición:  
SPEEDWAGON S.R.L.  
Para su sello editorial KANEDA  
Jr. Cañete 7137- Of. 101 Lima 28, Perú  
[www.speedwagon.es](http://www.speedwagon.es)

Dirección editorial: Javier Cuevas Castillo  
Selección: Felipe A. Benavides Ramos y Jesús Todemun  
Diagramación: Josh Asto  
Corrección: María José Soto-Aguilar  
Ilustración de portada: GrandFailure  
Maquetado de portada: Roberto Castillo Zamudio

Primera edición digital, septiembre de 2024

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú  
N° 2024-10275

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

*A usted que piensa en el futuro sin sentir temor.*



*—El cielo sobre el puerto tenía el color de una pantalla  
de televisor sintonizado en un canal muerto—.*

WILLIAM GIBSON — NEUROMANTE

*—No puedo mentiros sobre vuestras posibilidades,  
pero... os doy el pésame—.*

DAN O'BANNON & RONALD SHUSETT — ALIEN

*—El planeta Tierra es azul.  
Y no hay nada que pueda hacer—.*

DAVID BOWIE — SPACE ODDITY





# NULLARIS

Por I.A. Galdames

Una ruptura en mi traje espacial lanzaba los pocos segundos de oxígeno que me quedaban al cosmos, mientras intentaba abrir la compuerta de la estación espacial abandonada antes de desmayarme.

Logré desoldar la compuerta con mi brazo robótico, abrir el segundo cierre de despresurización y entrar. Después de cerrarla, caí de rodillas y me quité el casco, respirando hondo. El olor a muerte y putrefacción me mareó. Algo estaba mal.

Las linternas en mi traje eran la única fuente de luz. Aunque toda la estación estaba apagada, hacía un calor húmedo, con olor a hierro. Algunos protocolos de soporte vital seguían activos. Esperaba que hubiese oxígeno, pero no gravedad o control de temperatura. Si todos habían sido evacuados, esos sistemas no deberían seguir funcionando.

Un extraño resplandor captó mi atención en el rabillo de mi ojo. Cuando lo busqué con atención, solo pude ver un largo y oscuro pasillo.

Un androide estaba desactivado en el suelo, junto a la escotilla. Tenía un disparo en su costado. Había perdido mucho *ferrofluido* de sus *servoactuadores* hidráulicos, el que estaba a su alrededor como sangre negra.

Saqué algunas herramientas de mi mochila. Con mi llave magnética pude atraer la mayor parte a un tubo de vacío. El fluido negro se erizó, como si estuviese vivo, reflejando las luces de mi traje en el fluido agresivamente angular. La distorsión cromática estaba sobre la superficie reflectante del líquido negro que se espinaba. Sellé la ruptura y se lo inyecté.

Al robot también le faltaba el brazo izquierdo. Si me ayudaría a cargar tesoros, lo necesitaría más que yo. Desconecté mi brazo y se lo coloqué. Arreglé el panel de su espalda. Tardó unos segundos en reiniciarse.

—Buen día. Puedo ver que es un recolector de cerezo —me dijo.

—¿Y cómo sabes eso?

El robot titubeó.

—Reconozco la insignia de su mochila —dijo.

Instintivamente tapé la flor de cerezo impresa en el Orto-Tejido de mi escafandra.

—Has visto otros recolectores antes.

—Mi base de datos es amplia. Muchos han estado aquí.

—Ya no soy uno de ellos. Soy Cristian Bhrem, pero todos me dicen Zorzal.

—Extendí mi mano.

—Mi designación es K-458337. El alcaide decidió nombrarme *Kazbeel*. Gracias por la mano. —Saludó militarmente.

—No te preocupes. Pensé que podrías ayudarme a cambio de ella. Si todo sale bien, podré comprar un modelo mejor o dos. ¿Podrías ayudarme a cargar algunas cosas?

—Afirmativo.

Guardé las herramientas en mi mochila, hecha de la misma tela del traje espacial, la coloqué en su espalda y avanzamos.

—Necesito que me lleves al núcleo central.

—Negativo.

—¿No puedes llevarme?

—Afirmativo. No sé cómo. Los planos de la estación espacial penal no están en mi programación. Me muevo por un nivel, sin tenerlo memorizado, solo me guío por los radiofaros en cada salón.

—Comprendo. Podrías ayudar a algún fugitivo a escapar si conocieras toda la estación.

—Afirmativo.

Una bifurcación estaba llena de sangre. Una de las paredes parecía haberse convertido en una especie de diamante negro, de cinco lados desiguales. Una joven mujer parecía carbonizada, con sus manos cubría su rostro.

—¿Qué pasó aquí? —pregunté.

—Fue una función matemática. Pasó por aquí y convirtió los polímeros y las aleaciones metálicas de la estación espacial en *cuasicristales*. Esta ecuación pudo cristalizar la fase amorfa de la materia.

—¿De qué hablas? ¿Una ecuación?

—Afirmativo. Una ecuación matemática vino a la estación y mató a gran parte del personal. Desconozco su origen, pero yo mismo pude observarla. Se acercó a mí y al explicarle que yo no era humano, sino una imitación, perdonó mi vida. Me tuvo compasión.

Tal vez el robot estaba en peor estado de lo que pensé. Era posible que lo hubieran hackeado.

Recorrí las diferentes habitaciones del nivel. La mayoría de las estaciones espaciales tenían dos niveles de altura. Esta tenía más de diez, incluyendo un patio central, según el mapa sobre el muro.

—Hey, Kazbeel. Necesito que me hagas un favor. Memoriza los mapas y el camino que hemos hecho. Si me pierdo, necesito que me traigas de vuelta.

—Comprendido.

Estaba acostumbrado a dar cuatro o seis vueltas hacia la derecha y volver al inicio. Este lugar era un laberinto. Había escaleras que subían hacia pisos impares o pasillos que llevaban a ningún lugar. Varias veces me encontré de

frente con muros y al intentar volver sobre mis pasos, terminaba en un nivel diferente.

Encontré la enfermería. Había sido saqueada. No quedaban muchas drogas ni utensilios.

La doctora estaba muerta. Tenía decenas de agujas en su rostro y su vestido estaba subido y desgarrado, probablemente post mortem.

Dentro del escáner corporal había un cuerpo calcinado. Había sido quemado con alcohol etílico mientras lo analizaban. Uno de sus brazos parecía estar hecho del mismo metal del pasillo y la mujer.

Encendí el notebook médico. Los archivos mostraban en los rayos X una difracción de Bragg con un patrón de simetría de cinco órdenes aperiódicos.

Encontré un archivo de audio del paciente.

—Yo estaba en la cocina. Soy el chef esta semana. Escuché gritos y pude verlo.

—¿Qué viste? —preguntó la doctora.

—No lo sé.

—Maldición, Belzoni. ¿Qué viste? —dijo un hombre con autoridad.

—Era una masa de aceite quemado.

—¿Hubo un accidente en la cocina? —preguntó nuevamente la doctora.

—No. Estaba vivo. Tenía conciencia. Eran grumos burbujeantes de aceite, del color del arcoíris. Los absorbió y los quemó. Los calcinó. Y luego se acercó a mí. Le di una ofrenda de comida y por eso no me mató. No pude evitar querer acariciarlo y cuando lo toqué, me quemó el brazo.

—Esto no tiene sentido. Cuando termine sus análisis, envíelo al ala psiquiátrica.

—Pero, Alcaide...

Ahí terminó el registro de audio.

Encontré un par de calmantes y los guardé.

Un sonido captó mi atención. Algo parecía estar afuera. Continuamos explorando. El robot se limitaba a seguirme.

Sentía que me podía volver loco intentando saber dónde estaba. Los mapas variaban de nivel a nivel. Rápidamente descubrí que todos eran falsos. Seguirlos solo me confundía.

En vez de llegar al salón de armas, terminamos en el comedor.

Antes de entrar pude escuchar mordidas y chillidos, miles de ellos.

Ahí la masacre había sido más grande.

Cientos de cuerpos estaban amontonados sobre sangre seca. Se habían matado entre sí y los guardias les habían disparado. Había olor a muerto y carne quemada. Los vigilantes habían sido desmembrados y los prisioneros acribillados con pistolas láser.

Gusanos bailaban en el cerebro abierto de un guardia.

Lo peor de todo eran los cientos de ratas alimentándose de cadáveres. Podía escuchar cómo roían los huesos. Algunas tenían nidos entre los vientres inflados. Al iluminarlas, salieron corriendo en todas direcciones.

Retrocedí lentamente y pisé un ojo. Me resbalé y caí de espaldas sobre dos cadáveres abiertos por la mitad. Me enredé en sus intestinos y el estómago de uno quedó sobre mí. Intenté levantarme, pero caí nuevamente, lastimándome la rodilla.

Recostado, pude ver el rastro de *cuasicristales* sobre los cuerpos mutilados.

Tal vez la misma fuga de radiación o rayos cósmicos que había causado el cambio en la materia había pasado por ahí, transfigurando a los muertos. El único problema es que la radiación no zigzaguea, va en línea recta o se expande. El rastro de conversión, sí.

—Kazbeel, ayúdame.

El robot obedeció. Me ayudó a caminar.

Algo se movía en el fondo del salón. Pensé que era otra rata. Seguía escuchando cómo masticaba la carne de los muertos. Cuando apunté mi luz, pude ver a uno de los presos masticando el rostro de un cadáver.

Al verme gritó y comenzó a correr hacia mí.

—Señor, debe ordenarme matarlo ahora —me dijo Kazbeel.

—¡Sácame de aquí!

Aquel hombre también tropezó con los cuerpos. Kazbeel me sacó de la habitación y me dejó justo afuera del umbral.

—Ya está fuera. Ordeneme matarlo.

—No. No puedo. Cierra la puerta. Está mal matar.

Intentó cerrarla, pero no había electricidad. Aquel hombre saltó contra mí e intentó ahorcarme.

No podía hablar. Solamente con un brazo no podía liberarme.

—Má... Mávalo —dije.

El robot tomó su cuello con ambas manos y lo presionó hasta separar la cabeza del cuerpo, triturando la carne y los huesos.

Mi brazo cibernético estaba lleno de sangre.

—Maldita... sea —tosí.

Me enrollé sobre mí mismo, intentando recuperar el aliento.

—¿No podías detenerlo sin asesinarlo?

—No. Romero era un prisionero del ala psiquiátrica, con varios antecedentes por homicidio y violación. No iba a responder a la lógica.

Ordenar la muerte de una persona estaba en contra de todo lo que creía.

—¿Acaso no están aquí para rehabilitarse?

—No. Están aquí para mantenerlo a usted a salvo.

Miré al robot con atención.

Usé uno de los calmantes y continuamos deambulando. Cuando sentía un ruido, me volteaba con miedo. Sentía constantemente que algo o alguien me miraba.

Entre más bajábamos de nivel, más sentía que perdía la cabeza.

Los mapas no tenían sentido. Aparecimos en la biblioteca cuando esperaba llegar a la sala de interrogaciones.

Comenzaba a intuir el código. Me apoyé contra un muro e iluminé el mapa en la pared. Todos los planos eran diferentes y estaban mal, pero no completamente.

—¿Puedes acceder a los mapas que hemos visto? ¿Los tienes en tu memoria? —dije.

—Afirmativo.

—Perfecto. Busca los mapas que hemos visto, luego aíslalos de su entorno y abstrae los planos. Compara los anillos internos de cada mapa con los anillos externos del mapa en el nivel superior. Contrástalo con nuestro recorrido.

—Listo.

—Ahora haz una proyección.

—Coinciden con nuestros pasos. Los mapas son correctos en su centro, pero incorrectos en el anillo exterior, que corresponde el nivel superior de donde se encuentra cada mapa —respondió el robot.

—Imagino que es una medida para que los prisioneros no escapen, pero no demasiado compleja para que un guardia nuevo se pierda.

—Afirmativo.

—No podría haberlo hecho sin ti, amigo. Siempre he sido amigo de los robots. Desde que mi mentor me enseñó a armarlos con piezas que recogíamos y yo aprendí a programarlos.

Llegamos al núcleo. Una gigantesca estructura en el corazón de la estación espacial penal. Ahí estaba la computadora central, los conductos principales de reciclaje de agua y desechos, y los generadores de atmósfera.

La puerta estaba abierta y junto a ella, dos guardias muertos. Me acerqué a revisarlos. Tenían las gargantas cortadas. Kazbeel los miró impávidamente.

Conecté mi computadora de bolsillo a la terminal y logré hackear el acceso, al igual que cientos de veces.

Se suponía que todos habían abandonado la prisión. Lo primero que hice fue revisar los Logs del alcaide. La mayoría de los archivos estaban corruptos. Encontré una de las últimas anotaciones.

*“Dios vino a visitarnos. Cuando volví de la enfermería pude verlo. Estaba en mi oficina y los vi por las cámaras. Era Dios, hablando con el robot Kazbeel. Supe que debía darle un sacrificio. Dejé libres a los prisioneros, a todos ellos. Carne fresca para Él. Convirtió en sal a toda el ala de violadores y pronto convertirá a los demás impuros.”*

No había más registros.

El alcaide se había vuelto loco, dejó ir a todos los prisioneros y se mataron entre sí. La compañía *multiplanetaria* lo ocultó.

Encendí las luces de toda la colonia y el reciclador de atmósfera. Llovió sangre. Miré hacia arriba y desde todos los conductos de ventilación, caía sangre condensada en gruesas gotas.

Intenté cubrir mi rostro, pero no alcancé. El robot también quedó completamente rojo.

Lo mejor sería salir rápido, pero necesitaba al menos los datos de los prisioneros para venderlos.

La estación espacial se sacudió. La energía pestañeó y hubo un gran temblor. Algunas tuberías explotaron y varios tubos cayeron.



Escuché un gemido. Alguien estaba vivo.

Cojeé con lentitud alrededor de la gran computadora central y pude ver los pies de una estatua de metal, unida a la reja del piso y el barandal. Junto a sus pies había una vieja pistola de pólvora. Reconocí las botas, el arma y en especial el símbolo del cerezo en el bolso de piedra, cubiertos con la lluvia de sangre.

—Espera aquí. —le dije al androide.

Al seguir caminando pude ver a mi mentor, agonizando. La mitad de su cuerpo se había fundido con sus alrededores.

—¿Paulo? —pregunté.

Sus ojos se abrieron de golpe, mirándome con dolor.

—¿Zorzal? Traes una canción de despedida. Por favor, mátame. No alcanzo mi pistola.

Lo miré de cerca. Su cuerpo se había cristalizado, con excepción de la mitad superior de su torso y cabeza. Su piel cedía poco a poco a una *teselación de Penrose*. Brillaba con aquel mismo resplandor etéreo que ya se me hacía familiar. Junto a sus pies había un bolso, también fosilizado.

Le costaba respirar.

—Vine por el tesoro, pero la máquina me encontró. Vete. Mátame y vete de aquí.

Le di el último calmante que tenía.

—¿Qué cosa te encontró?

—La estación espacial cobró vida. Eran millones de piezas de metal y compuestos de aleaciones retorcidas, entrelazándose en una masa caótica y danzante. Tocó mi botín de oro, litio y platino y se convirtió en esos elementos.

—¿Era un robot?

—Era una construcción mecánica horrorosa que giraba sobre sí misma, cables que danzaban en pulsos rítmicos. Me tocó y me hizo parte de la estación. Sabía que no debía venir. Ahora, por favor, mátame. No me hagas pedirlo una vez más.

—¿Sabías que había peligro?

—Sí. Hannah usó lo que le enseñaste y hackeó el servidor de Produce. Hablaban de una estrella invisible, hecha de nada, que transmutaba cargueros cerca de Plutón. Le pusieron Nullaris. Mintieron para que las acciones no se desplomaran. Los abandonaron a su suerte. Era peligroso, pero el tesoro valía la pena. Todos los datos de los prisioneros en la red de estaciones penales, incluso aquellos que escaparon. Los cazarrecompensas pagarían mucho. No pude resistir la tentación.

—¿Y Hannah?

—Debe estar bien. Un robot la acompañó hacia la salida en el nivel superior.

La joven que encontré calcificada junto a la escotilla era ella.

— Lo siento, no lo logró.

Gritó y tomó mi mano derecha. Volvió a vomitar.

Abrí el barril del revólver. Tenía seis balas.

El disparo en medio de su frente hizo eco.

Jamás había matado a alguien. Estaba mal, incluso por compasión. Aún así, guardé el arma en mi cinturón.

—Kazbeel. Vámonos de aquí.

Dejar el núcleo fue mucho más fácil que llegar a él.

Su nave debía estar en la bahía de carga principal en el último nivel. Sería más fácil que reparar mi traje espacial y volver a la mía, que nos orbitaba.

Cuando llegamos a la bahía de carga, dos presos estaban intentando abrir la única nave espacial. Dentro de esta, alguien los miraba con miedo.

Al verme, corrieron hacia mí, así que les disparé. Fallé el primer y segundo tiro, pero el tercero y el cuarto no. Uno de ellos murió instantáneamente y el otro quedó agonizando.

—¿Quiere que termine el trabajo? —preguntó el robot.

—No. Déjalo. Morirá de todos modos.

Aquel hombre empuñó sus manos de dolor.

Una enfermera estaba dentro de la nave de Paul. Me miró con alivio y al notar mi traje espacial, abrió la escotilla, tal vez asumiendo que era mía.

—¡Gracias por salvarme! —Me abrazó con fuerza—. ¿Esta es tu nave? Llevo semanas esperando por el rescate. Hace dos días vi que llegaron y he estado esperando dentro de ella. Queda poca comida y aire, porque tuve que encerrarme. Habría despegado, pero no tenía la clave de acceso.

Los tres entramos a la nave. Revisé el panel de control. Conocía la clave. Era *Zorzalito*.

La comida y el oxígeno no alcanzarían para dos personas en un viaje tan largo. Ella también lo notó, sosteniendo un bisturí en su mano.

Saqué el revólver y le disparé desde la cadera.

—Saca el cuerpo —dije.

El robot obedeció.

Bajó el cuerpo, dejando una estela de sangre.

Me preparé para despegar.

—Cese inmediatamente sus acciones —me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Apague el motor y baje de la nave.

—No sabía que te habían programado humor...

El robot me empujó hacia atrás y apagó la nave. Abrió la escotilla y me sacó fuera de esta, de la misma forma en que lo había hecho con la enfermera.

—Detente.

—No puede dejar las instalaciones.

—Pero yo no soy ningún preso. Ni siquiera trabajo aquí.

—Ningún humano puede dejar las instalaciones sin permiso.

—Ya te dije que yo no soy parte de la tripulación.

—Ningún humano puede dejar las instalaciones sin permiso.

—Pensé que los robots eran mis amigos.

Levanté el revólver, pero corrió hacia mí y rompió mi brazo.

—Cese y desista. Tuve que encerrar a la saqueadora llamada Hannah, antes de que me inhabilitara.

—¡Tú sellaste la entrada! Maldita sea, estúpida máquina. No soy un preso, ni soy parte del personal.

—Pero usted es un asesino.

Tenía razón.

Sus palabras calaron hondo en mí. Aunque pudiese superar físicamente al robot y lograr escapar, seguiría siendo cierto.

Toda la estación espacial se sacudió y se cortó la luz.

La puerta del hangar comenzó a convertirse en *cuasicristales*, lentamente. Entonces pude verlo.

Todos estaban equivocados. No era alguien ni algo.

No mataba por compasión, dejando casquillos en el suelo; supervivencia, dejando una mano empuñada por dolor; o conveniencia, dejando una estela de sangre en el piso.

Estaba más allá de eso. No perdonaba a imitaciones, por ofrendas o por sacrificios. Una tormenta solar, un meteorito o un agujero negro no son buenas ni malos, solo son.

Y esto era. Existía y punto. Todos nosotros estábamos a su merced, siendo que quizás ni siquiera pudiera validarnos como entidades conscientes, así como nosotros no pensamos en las bacterias de nuestros estómagos.

Finalmente pude mirar lo que realmente era.

Y era...

# LA TORRE

Por Mauricio Ahumada Jones

El enorme ventanal ocupaba toda la pared poniente. Al otro lado del vidrio, Santiago se difuminaba hacia el horizonte, mientras ganaba distancia y perdía importancia. La enorme sala de reuniones dominaba el paisaje en más de un sentido. Esta era, después de todo, la planta más elevada del edificio más alto del país. Había sido llamado un monstruo arquitectónico, una mancha a la vista y un monumento a la vanidad de un hombre, pero la torre Schmied no era ninguna de esas cosas, sino algo mucho peor.

Su construcción tomó una década y varios millones de dólares solo en sobornos, su planificación de casi sesenta años involucró a cientos de expertos de todo el mundo en disciplinas olvidadas y, con razón, varias de ellas prohibidas. Contra todo sentido de la decencia, libros elaborados de materiales horribles e innombrables escritos por personas aún peores, fueron consultados. También se usó la matemática, pero no la normal y respetable usada para atormentar a los estudiantes. Se conjuró la de los números áureos y claves arcanas de armonía para rozar las proporciones celestiales; también la del Otro Lado: Bestias aritméticas de puro caos, formas ofensivas armadas con curvas infinitas, colas múltiples, comas y, en algunos casos, tildes. Abstractos e indomables, capaces de desgarrar teoremas irrefutables y bases de datos. Geometrías negras traducidas en planos.

De los once arquitectos del proyecto... diez perdieron la razón. El onceavo, un sensato profesor de matemáticas de Valparaíso, se suicidó afuera de la morgue para ahorrarle tiempo y problemas a todo el mundo. Los restantes, atrapados en sus desvaríos, fueron capaces de entender los planos y continuar.

La parte visible al ojo humano, el edificio mismo, era un monolito de ventanales resplandecientes. Uniforme, imperturbable y sólido, libre de defectos. La envidia de los otros cientos de edificios idénticos, pero algo más pequeños, que poblaban los lugares del mundo donde se concentran tanto las oficinas de la gente que se considera importante como los más valientes limpiadores de ventanas. Tras su inauguración había sido descrito en un show matinal por una desinteresada transeúnte como “una cosa bien horrible”. Esta fue la última frase que escucharon los arquitectos, tras lo cual se abrazaron satisfechos de la misión cumplida a la perfección, se vistieron y se emparedaron en el muro que separa los baños del décimo tercer piso.

La mayoría de la torre eran plantas de oficinas, desiertas todas dada la poca demanda y los efectos extraños en el estado mental de quienes se atrevían a ocuparlas. Tras algunas semanas muchos renunciaban.

Los que no, se volvían erráticos y violentos y, en algunos casos, se inscribían en partidos políticos y pasaban horas escribiendo comentarios en los sitios web de periódicos. Un pequeño fragmento se sentía compelido a asomarse por las altas ventanas y escupir a los transeúntes, pero este efecto se consideró irrelevante ya que ocurre en los edificios no malignos también.

La base de la torre estaba abierta al público. Una serie de estudiosos establecimientos comerciales funcionaba allí. Tiendas de ropa indistinguibles vestidas con fotos gigantes de modelos bellísimas y, probablemente, humanas. Dispensadores de café mediocre a precios inflados, restaurantes con infinitas variaciones de la misma hamburguesa, una tienda de instrumentos musicales que le vendía guitarras a hombres desencantados. Desde la tienda de teléfonos a precio de automóvil hasta las jóvenes promotoras atrapadas en ceñidas piezas de tela que, según Recursos Humanos, calificaban para la definición de

vestido: todo estaba diseñado para despertar y celebrar los pecados importantes. Todo excepto un pequeño carro de yogurts, que, por un error administrativo, se había adjudicado una esquina junto a la escalera al subterráneo. Su dueña sufría día a día porque, sin importar lo que hiciera, sus yogures se agriaban apenas entraba al edificio cada mañana. Lo que no hacía gran diferencia porque los miles de visitantes los compraban. Algunos, varias ocasiones al día. Eran horribles. Y consultados sobre el por qué lo hacían, todos los consumidores respondían lo mismo. Porque sentían que lo merecían. Y tenían razón.

La joya de la torre Schmied, sin embargo, estaba en su cúspide. La corona de poder y concreto antisísmico hacia la cual fluían toda la energía negativa y los dividendos. Las oficinas del directorio, auditorios, el pasillo de los espejos negros y el salón de servidores ocupaban las plantas superiores, pero en el piso más alto solo había una sala de conferencias, bañada ahora por el rojo hermoso y terrible que solo el atardecer filtrado por un mar de smog puede producir. Y en esa sala estaba el hombre responsable de todo esto, esperando el momento para lo cual la torre misma se había construido.

—Es la hora —susurró Mikel Schmied cuando el último rastro de luz desapareció.

Mikel no estaba solo en la habitación. Lo acompañaban cinco personas y dos abogados. Y aunque estaba en la cabecera de la enorme mesa de secoya, Mikel no estaba técnicamente sentado. Apenas erguido, reposaba en una cama clínica especialmente acondicionada. A horas de su nonagésimo y último cumpleaños, su cuerpo ansioso ensayaba ya rigores cadavéricos. Era piel arrugada y huesos, todo sembrado de manchas negras y mechas blancas. Pero tenía vida, una chispa ardiente que parecía haberse concentrado íntegra en sus ojos. Puntos fijos del azul brillante e hipnótico. Lupinos. Llenos de



propósito y nada más. Una multitud de tubos y cables conectaban el cuerpo marchito a sendas máquinas cuyos complejos patrones de chirridos y pulsos rompían el silencio cada tanto. La función de la más grande de estas máquinas era mantenerlo vivo. La más pequeña debía mantenerlo consciente. El hombre regordete, pequeño y de cabello y delantal blancos junto a ellas tenía como función asegurarse que los chirridos y pulsos fueran los adecuados. Era una eminencia, lo que significaba que era un médico y cobraba mucho más caro que sus colegas. Sentados a la derecha de Mikel estaban sus hijos, en orden de edad y ambición. Todos enormes y rosados. Elegantes e irradiando la confianza de los que atraviesan el mundo sin resistencia. Tenían rasgos simétricos y poco atrevidos, y la complexión adecuada para ser considerados bellos por las más prestigiosas revistas de vida social. Revistas de las cuales eran dueños.

Gabriel Schmied, el mayor, era astuto, despiadado y obediente. Lucía orgulloso dientes perfectos y todos los títulos adecuados de las universidades correctas. Era, por lejos, el favorito de la Cámara de Comercio para suceder a su padre y tenía grandes planes trazados por subalternos en presentaciones sofisticadas y coloridas, pero a la vez sobrias. Tenían animaciones, gráficos, muchas palabras en inglés y fotos de gente dándose la mano.

Ana María Schmied era tres años menor y dos veces más inteligente que Gabriel. Apuntaba al mundo con los mismos ojos de su padre desde detrás de unos lentes tan delgados como ella misma. El azul hambriento y claro contrastaba con el dorado cuidado y artificial de las partes visibles de su piel. Ana María era la favorita de Mikel para sucederlo y ella tenía grandes planes para deshacerse de su hermano Gabriel.

Al final de la fila, apropiadamente, estaba Juan José Schmied. Estaba aburrido y revisaba su teléfono con desgano. Portaba la actitud y el peinado

de un hombre más joven. No era muy brillante, pero era carismático y mentía con naturalidad, así que se esperaba que triunfara en política. Mikel pensaba que tenía la ignorancia y soberbia suficientes como para llegar a Presidente, y se lamentaba de no poder estar ahí para ver el desastre. Los abogados ocupaban actualmente el cuerpo de un hombre y una mujer. Su apariencia, si valiera la pena ser descrita, es que eran lo contrario de memorables. No vulgar, ni común, sino aquello que en cuanto es visto, es de inmediato olvidado. Ambos leían en silencio carpetas con documentos y tomaban notas en laptops idénticos que reposaban sobre la mesa.

La última persona en la habitación era un hombre joven. Estaba sentado en una silla más atrás, junto al ventanal y vestía un terno gris una talla más grande de lo que necesitaba. Se frotaba las manos y sin levantar la vista recorría con la mirada las líneas del suelo sin parar. Era difícil dilucidar si buscaba encontrar valor o un escape. No era importante. Ninguna de esas cosas se podía hallar en esta habitación.

Mikel tosió y amagó ahogarse al terminar de hablar. El doctor se apresuró a su lado, pero Mikel lo apartó de un gesto. Los ojos terribles se posaron en sus hijos y Gabriel, como era de esperarse, se puso de pie primero. Caminó hacia el otro extremo de la mesa. Una enorme pared de mármol negro cerraba ese lado de la sala. Tenía inscripciones en lenguas prohibidas, símbolos y palabras de poder. Un espectador casual podría haberlas confundido por una pieza de arte abstracto, pero eran algo maligno y antinatural, más cercano a una pieza de arte conceptual. Por suerte, los tóxicos dibujos apenas asomaban visibles, ya que los originales habían sido grabados por el otro lado de la pared, la cual miraba a una habitación pequeña y piadosamente ciega, sin puertas ni ventanas. Esto, porque se había estimado que la sala de conferencias debía usarse también para reuniones, juntas y el tipo de cosas que hacen las personas

vivas. Este eficiente uso del espacio había sido el último pensamiento en la cabeza del obrero que terminó de pintar la habitación ciega, y cuyo cuerpo aún descansaba en ella, sentado frente a la pared, congelado en una mueca eterna de orgullo, satisfacción y sed. Pero lo que había a este lado de la pared en este momento era algo menos inusual que símbolos arcanos, cadáveres resecos o juntas de accionistas. Inmóvil y casi mimetizado contra la pared había un macho cabrío negro, y junto a él, una pequeña mesa con un cuchillo. Con diligencia Gabriel cogió el cuchillo y a la bestia de la nuca. El corte fue certero y la garganta se abrió como una flor rosácea, derramando una cascada de sangre oscura y oleosa. Gabriel había practicado. La bestia apenas protestó. Se tambaleó un poco y antes de derrumbarse, llevó su mirada perdida hasta encontrarse con la del joven de gris, quién rápidamente volvió a refugiar la suya en el suelo.

El mayor de los hermanos Schmied se arrodilló y con los dedos ensangrentados trazó en la pared el pentagrama. Una de las esquinas le quedó más corta. Esta parte no la había practicado. Quiso borrarla con la manga para corregirla, pero se arrepintió, dudando de las consecuencias taumatúrgicas del acto. Por un momento se preguntó si podría resetear el proceso y comenzar de nuevo. Tal vez tendrían una cabra de respaldo. Ana María hizo rodar los ojos y suspiró exasperada. Gabriel decidió que, como todo lo que él hacía, el pentagrama estaba perfecto, y volvió a su lugar a la mesa. Tenía las manos y su camisa de varios miles de dólares bañados en sangre. Miró a su padre con orgullo. El anciano sonrió, pero no a su hijo, sino a la pared a la que ahora miraba expectante. Todos lo hicieron, menos el joven de gris. El mármol estaba pulido y reflejaba la habitación completa. Esperaron por un eterno minuto. La sonrisa de Gabriel desapareció al tiempo que se dibujaba una en el

rostro de Ana María, y justo cuando Juan José volvía a poner su atención en su teléfono, las luces de todo el edificio se apagaron.

Fue ahora, pasado más de un minuto de su muerte, que el macho cabrío decidió dar un balido largo y cavernoso. Un escalofrío les recorrió la espalda a todos, excepto a Mikel, que ya lo había escuchado antes, y a los abogados, que eran por naturaleza incapaces de aquello.

—Ya viene —declaró el anciano con todo el entusiasmo que se podía permitir en su calidad de moribundo.

Las luces volvieron a encenderse y en un gesto todos se giraron hacia la pared negra nuevamente. No había nada. Solo el reflejo de sus rostros decepcionados y, entonces, cuando estaban listos para volverse unos contra otros, algo golpeó a la puerta.

Fueron dos golpes suaves y, a riesgo de no hallar una mejor descripción, completamente normales. Tan comunes como cualquier llamado a la puerta. De la misma manera, pensó el Doctor, el sonido más aterrador que había escuchado en su vida. Este sería rápidamente desplazado al segundo lugar, cuando Mikel se irguió con un esfuerzo imposible y pronunció una sola y rasposa palabra.

—Adelante.

Algo con la forma de un hombre entró al mundo a través de la puerta de esa habitación. Era alto, atractivo y de edad madura, pero indeterminada. Sus ojos y tez tenían el color y la tonalidad más bella que nadie haya visto. Exactamente cuál era ese color o tonalidad era imposible de determinar. Llevaba el cabello cuidadosamente peinado hacia atrás. Vestía un elegante e impecable traje que hacía juego con el pelaje inerte del macho cabrío. Caminó con una sonrisa perfecta y blandiendo su mano hacia el anciano.

—¡Mikel! —exclamó con voz cordial—, mi viejo amigo.

Schmied la estrechó y habló con esfuerzo

—Satanás, ha pasado tanto tiempo.

El Príncipe del Infierno tomó asiento en el extremo opuesto de la mesa, entrecruzó los dedos y solo entonces recorrió con la mirada al resto de los que estaban allí. Todos, con excepción de los Schmied, tenían instrucciones de no mirarlo a los ojos. El joven de gris no tuvo problemas, pues llevaba más de una hora practicando y siguió estudiando los defectos de sus zapatos de segunda mano. Los abogados no apartaron la vista de sus computadoras mientras tomaban nota de todo lo ocurrido, pero el Doctor no pudo resistirlo. Era quizás curiosidad científica. Era quizás el sonido de la voz, que le resultaba terriblemente familiar, pero no lograba identificar. El horror de lo que vio en los ojos del Extraño se lo llevaría a la tumba, solo entonces sería capaz de ponerlo en palabras. Por ahora, lo único que pudo hacer fue cubrirse el rostro y llorar por el mundo. Los tres hijos de Mikel miraron con decisión a Satanás, esperando a ver cuál de sus hermanos se quebraba primero. Todos vieron lo mismo. El rostro de su padre reflejado en el agujero negro que simulaba ser la pupila de esas cosas que debían ser ojos. Era un horror conocido e hicieron lo que hacían cada vez y desde que tenían uso de razón. Se sentaron erguidos y guardaron silencio. Satanás se inclinó hacia Mikel y le habló lento, saboreando cada palabra.

—No entiendo todo esto. Este zigurat, las encantaciones, todo este esfuerzo para traerme antes, cuando en un par de horas hubiera venido por ti de todas formas. Como estaba previsto.

Mikel se incorporó tosiendo.

—Sí, sí. Y estoy agradecido. Por todo. Pero la cosa es —agregó el viejo sonriendo con dientes largos—, que me gustaría renegociar nuestro trato.

Sin perder la sonrisa, el recién llegado se quedó observando a Mikel por un momento, para luego romper el silencio con una cordial carcajada

—¡Por supuesto! Estoy siempre abierto a nuevos inversionistas —agregó recorriendo con una mirada hambrienta la mesa.

Por una última y gloriosa ocasión Mikel sintió la vida volver a su cuerpo. Los instrumentos a los que estaba conectado concordaron emitiendo todo tipo de chillidos. Quizás era la sensación de esperanza, quizás era el vértigo de volver a sentir miedo o quizás era simplemente que esto, intentar ganar algo, era lo único para lo que realmente era bueno. Esta era la negociación más importante de su vida y llevaba siete décadas preparándose. En su larga e infame carrera había logrado derrotar a tantas personas. Desde solitarios activistas hasta comunidades completas. Desde ingeniosos emprendedores hasta enquistados políticos. Competencia, obstáculos y aliados, todos habían caído. En estos años había maniobrado la legislación, roto leyes y escrito otras tantas. Torciendo ahora la ley natural, Mikel se incorporó lleno de energía y ambición. Por un momento, una curiosa idea flotó en su mente. Aquí estaba, listo para enfrentar no a un enemigo, sino al *Enemigo de todo*.

—Tal vez —pensó—, ese pederasta sonriente del padre Franco había tenido razón en el sermón de despedida que le había brindado unas horas antes. Tal vez sí estoy bendecido por Dios. Tal vez sí soy una buena persona.

Mikel desechó la absurda idea rápidamente. De la misma manera en que lo hacía con todo lo que no le servía.

Como si le leyera la mente, el Demonio en el otro extremo de la mesa le guiñó un ojo y extrajo del bolsillo interior de su chaqueta el viejo contrato. Mikel hizo lo mismo con su copia, aunque llevaba solo una camisa de dormir clínica. La cadavérica mano simplemente se perdió dentro de su pecho y regresó cargando un papel amarillento que depositó con expresión de alivio

sobre la mesa. Entre los dos abogados, y con gran esfuerzo, lo reorientaron para revisarlo. Era mucho más pesado de lo que aparentaba.

—Creo que con un *adendum* simple bajo la línea XXVIII bastará —señaló Satanás recorriendo casualmente el documento con lo que aparentaba ser un dedo—. Incorporación de nuevos socios participantes, mismas cláusulas, ritual estándar. Aunque podemos agregar algunos incisos, si quieren algo distinto —sentenció dedicando una mirada astuta a los hijos Schmied.

—No, no, no —interrumpió Mikel—. Me malentiendes, querido amigo. No quiero ampliar la sociedad. Lo que quiero es revisar las condiciones originales.

El Demonio suspiró, lo que hizo que el Doctor, acurrucado en una esquina, lanzara un pequeño e involuntario quejido. Con cuidado bajó su copia del contrato a la mesa y se quedó observando en silencio a Mikel. El viejo moribundo sostuvo la mirada con seguridad. Estaba en su elemento. Fue fácil. Nada había sido tan fácil en décadas. Y funcionó, porque el extraño fue el primero en moverse. Satanás se puso de pie y caminó por la sala. Dio un grácil saltito para evitar el charco de sangre de cabra y alcanzó la pequeña mesa de licores en el extremo de la habitación. Con detención observó varias botellas hasta decidirse. Vertió el licor sobre dos cubos de hielo y apenas besó el vaso antes de asentir satisfecho y voltearse hacia Mikel. Elevó las cejas con mofa de resignación y regresó a la mesa llevando su vaso y una sonrisa tan real como él mismo. Recién entonces, todos en la habitación volvieron a respirar. Los hermanos Schmied se miraron por un momento. Gabriel se recompuso rápidamente, irguiéndose con seguridad hacia el frente. Ana María en cambio se dejó caer en la silla como una serpiente, estudiando todo en silencio, como acostumbraba. Juan José, quien de los tres tenía lo más parecido a la capacidad de contemplación, observó por un momento lo absurdo de la situación. Lo

mundano de la conversación entre su padre y la entidad que ocupaba la sala. Y se preguntó si esto, si algo tenía significado. Esta sería la noción más brillante y profunda que tendría en su vida. Hizo una anotación mental de publicar algo al respecto en sus redes sociales en cuanto toda esta aburrida reunión terminara.

—Pasa cada vez ¡Todos creen que pueden engañar al diablo! —gritó el extraño abriendo los brazos con teatralidad antes de volver a tomar asiento—. Creen que son más astutos. Que son especiales, Mikel.

—Yo no creo ser más astuto.

—Pero sí especial.

Mikel se detuvo un momento a pensar. Por supuesto que lo era. Eso había sido una certeza desde que tenía memoria. Mucho antes de hacer *el trato*. No, esto se trataba de algo más y mentir no tenía sentido en estas circunstancias.

—Lo que creo es que puedo derrotarte en tu propio juego.

El demonio no pudo contener una carcajada. No porque le pareciera risible la ambición de Mikel, sino por la propia respuesta que se encontró él mismo articulando. A diferencia de lo que muchos piensan, El *Príncipe del Infierno* rara vez miente. Especialmente cuando hace tratos. Así que las palabras fluyeron fáciles y tan ridículas como verdaderas.

—¿No has oído? Mi juego, querido Mikel, es ser malvado —contestó.

El anciano solo sonrió de vuelta

—*Malvado* es una palabra tan pequeña —suspiró con un gesto a los abogados mientras volvía a recostarse en la camilla.

El abogado vestido de hombre comenzó a extraer documentos de una carpeta y a repartirlos por la mesa, mientras su compañera se puso de pie y con un pequeño control desplegó una pantalla, a este momento invisible, en la pared. Con otro gesto, la abogada comenzó a reproducir diapositivas de una



presentación y a pronunciar palabras sobre ellas. Lo que siguió solo puede describirse como el horror. En circunstancias normales, una disertación legal puede distorsionar la percepción del tiempo en sus víctimas, haciéndoles sentir que los segundos se alargan mientras su voluntad de vivir se acorta. Pero en esta sala el tiempo estaba, desde el momento en que el sol desapareció en el horizonte, detenido. Fue Ana María quien primero lo notó al mirar por la ventana para distraerse del aburrimiento. Una paloma, a no más de una decena de metros, congelada a mitad de aleteo. Las luces de los automóviles distantes e inmóviles. Las personas, desde esta altura, minúsculos muñequitos posando. Estaban atrapados en el instante previo al último suspiro de Mikel. No era, reflexionó Ana María, muy distinto de lo que había sido el resto de su vida hasta ahora.

Los abogados hablaron durante lo que pareció, y probablemente fue, una eternidad. Presentaron antecedentes y escritos, conjurando palabras como *doctrina* o *jurisprudencia*, y otras monstruosidades de su *lenguaje oscuro*. Citaron textos aborrecibles escritos en lenguas muertas y contratos prohibidos escritos sobre gente viva. Como si las palabras no fuesen suficiente horror, utilizaron también el proyector de la sala, exhibiendo espantosos registros de sacrificios rituales y, en un acto de degradación moral absoluta, los descompusieron en tablas de datos y gráficos. Gráficos de colores. Satanás, considerado el *Primer Gran Demandante y patrono del Derecho*, decidió por supuesto representarse a sí mismo. Observando en silencio y solo interrumpiendo en un par de ocasiones para verificar documentos o rebatir traducciones.

Terminada la presentación, el demonio entrelazó los dedos sobre la mesa y pronunció cada palabra que siguió con cuidado:

—Sí, entiendo bien, lo que tú quieres es que yo renuncie a tu alma. La que ofreciste libremente y por la cual... —Satanás hizo una pausa para señalar casualmente la sala que les rodeaba—. Fuiste generosamente compensado.

—Renunciar, no —replicó Mikel con gesto ofendido—. Transar, por un ítem de mayor valor para ti.

—¿Y eso? —Completó el diablo con expresión caprina—. Es lo que nos trae finalmente al cordero.

El demonio giró su silla y todos los ojos de la sala lo siguieron para fijarse ahora en el joven de terno gris.

—Su nombre es... —Comenzó Mikel antes de ser interrumpido por su simple gesto del enemigo. Los hermanos Schmied se miraron asombrados. Nunca habían visto a su padre mostrar un acto de sumisión así.

El diablo se levantó y con pasos tan elegantes como depredadores avanzó hasta quedar de frente al joven. Este, mentón firme contra el pecho, apretó los ojos tratando de contener las lágrimas. Entonces sintió una mano sobre la cabeza. Era tibia, aromática e inconfundible. Era su madre arropándolo en una noche de invierno. Era la nata flotando sobre la leche dulce. Era todas las cosas que extrañaba.

—No tengas miedo. Te prometo que mientras estés en esta habitación, nadie te hará daño —le dijo la voz dulce del amanecer. Levantó la mirada para descubrir el rostro más hermoso de la creación sonriéndole de vuelta y sintió todo el pavor desvanecerse.

—Un nombre, como todas las cosas que importan, debe darse libremente —le explicó el príncipe del infierno.

—Rodrigo. Me llamo Rodrigo.

Gabriel Schmied se levantó golpeando la mesa.

—¿Por qué está hablando con él? —Se volteó indignado hacia su padre—. ¡No se supone que hable con él! —Mikel lo ignoró por completo. Tenía la mirada y la sonrisa fija en el Demonio.

—Apenas puedes verlo, ¿no? —interrogó el anciano

—Apenas, sí. Como el recuerdo de cosas perdidas —contestó el Demonio acariciando la mejilla del joven.

—Es una buena persona —agregó Mikel—. Su alma...

—Vale más que todo el resto de esta sala juntas —completó Satanás.

—¿Entonces tenemos un trato?

Satanás se levantó y se cerró el botón de la chaqueta, que se había abierto para agacharse. Acarició la chaqueta para estirla. Disfrutaba vestirse de humano. Fingir que llevaba esta carne y ocupaba solo un pequeño espacio. Pero lo que más disfrutaba eran las palabras. Cosas mínimas y tan poderosas. Liberó la siguiente con suavidad.

—No.

—¿No? Creo que su alma es más que satisfactoria en lugar de la mía —indicó Mikel con indignación entrenada. El Diablo se carcajeó.

—¿Por qué haría otro trato contigo, si puedo hacer uno con él?

Gabriel no pudo contenerse más.

—¡Esto es inaceptable! Nosotros citamos esta reunión. Nosotros somos los que hemos trabajado por todo esto ¡Por años! ¡Es nuestro! —reclamó mientras el diablo tan solo lo miraba con sutil curiosidad. Desesperado, el primogénito se volvió hacia Mikel—: Papá, explícale que no puede hacer esto.

Resultó completamente apropiado que la última cosa que Gabriel Schmeid viera en este mundo fuera la mirada decepcionada de su padre. Ana María realizó un corte perfecto, mucho mejor que el que Gabriel había hecho con la cabra. De pie a espaldas de su hermano, llevó el cuchillo de un lado a

otro del cuello sin ruido ni resistencia. Gabriel se derrumbó sobre la mesa jadeando inútilmente mientras la sangre ocupaba la superficie. Una vez que su cuerpo quedó fijo y su mirada vacía, su hermana inclinó la cabeza hacia el diablo, levantando el cuchillo ensangrentado sobre ambas palmas.

—Un sacrificio y nuestras disculpas, mi señor —concluyó la, ahora, mayor de los hijos Schmied. El diablo asintió complacido y Ana María volvió a su asiento irradiando temible orgullo.

—Por favor, continúa —prosiguió Mikel con calma—. No puedo evitar si quieres negociar con Rodrigo tú mismo. Adelante, por favor.

El gesto pareció darle pausa al demonio, que devolvió su atención al joven

—Primero, déjame decir, Rodrigo, que lo que sea que te haya ofrecido Mikel, yo puedo doblarlo, multiplicarlo. Todo lo que ves puede ser tuyo —agregó señalando la sala y el horizonte rojo en la ventana. A continuación, se metió las manos en los bolsillos y recorrió la sala en dirección al muchacho, disfrutando cada una de las siguientes palabras—: Mikel siempre fue un hombre pequeño. De visión limitada. Poder y dinero son migajas —concluyó cogiendo a Rodrigo de los hombros.

—No, gracias. Solo quiero hacer lo que don Mikel dijo.

Mikel le sonrió con astucia. El Demonio estaba pasmado.

—No creo que estés dimensionando esto —insistió—. Puedo darte el mundo. No existirá don Mikel porque tú serás el que manda. Serás don Rodrigo. Imagínate todo el bien que puedes hacer. —Satanás hizo una pausa antes de agregar el especialmente difícil remate de la oferta—. O, si lo prefieres, puedes irte de acá en paz. Eres libre.

—No, gracias —repitió el joven sin demorar un segundo.

Carcajeando con incredulidad el Demonio caminó hacia Mikel

—Increíble. ¿Qué le ofreciste?

Mikel se irguió antes de contestar con honestidad y satisfacción

—Absolutamente nada.

Dejando de lado los ocasionales sollozos del doctor, toda la comprensible tensión inicial de lo que esta ceremonia era, había ido progresivamente desapareciendo. El pánico se había diluido entre el intercambio casual de palabras. El horror se había dormido durante la disertación legal. Bastó un instante para traerlo todo de vuelta. Quizás fue la forma en que se movió, inclinando la cabeza de manera incorrecta para quedarse mirando a Mikel. Como si hubiera olvidado lo que un cuello puede y no puede hacer. Una parte antigua y primordial de los cerebros de los humanos en la sala se disparó como una alarma y todos recordaron en un momento lo que era la *cosa* que simulaba estar de pie en esta sala. Juan José cogió con fuerza la mano de su hermana, que sorprendentemente, la apretó de vuelta. El corazón del doctor se dio por vencido finalmente, ahogando los sollozos en un suspiro final de completo entendimiento. El momento pasó, y Satanás regresó a su asiento, caminando en silencio y de manera anatómicamente apropiada.

Mikel tosió un par de veces y explicó casi como consolando a su contraparte

—Él sabe quién eres. No va a creer nada de lo que le digas, príncipe de las mentiras.

El diablo cerró los ojos y apoyó el mentón en ambas manos. Parecía estar reflexionando, atrapado en un infinito acertijo.

Se hizo otro largo y pesado silencio. Juan José no resistió más y se volteó hacia Ana María emocionado

—¡Lo hicimos! ¡Lo vencimos! —susurró.

—Tus hijos —habló finalmente el Diablo, incorporándose—. Debieron ser tus hijos.

—¿Disculpa? —interrogó Mikel

El demonio se levantó energizado. Hablaba gesticulando como un detective desenmarañando un misterio

—Olvida los leguleyos y antecedentes. Estos tratos siempre son, sobre todo, historias. Abraham e Isaac. El Nazareno—. Se quedó esperando, pero nadie dijo nada. Todos en la habitación parecían igual de confundidos. Todos excepto Mikel. El Demonio, impaciente, continuó—. No puedes simplemente sacrificar a cualquiera. Debe valer no solo para mí. Debe valer una pieza de ti. Para que el *trato* tenga sentido, para que la historia tenga sentido. Debe ser tu sangre. Deben ser tus hijos.

—Por supuesto — contestó Mikel con tranquilidad. Asintió al abogado, que produjo un documento de su carpeta. — Está todo en el nuevo *trato* — agregó el anciano señalando el papel con una garra pálida.

Ana María y Juan José se miraron asustados y luego buscaron suplicantes los ojos de su padre. Este los ignoró, fijo aún en su interlocutor infernal.

—Claro que lo sabías —replicó el diablo—. Pero él no lo sabe. ¿No?

Mikel guardó silencio mientras el Demonio se acucillaba frente a Rodrigo para hablarle como se le habla a un niño

—Mi pobre Rodrigo. Voy a ofrecerte algo valioso sin pedirte nada a cambio. Voy a darte algo que rara vez doy. Voy a darte algo que te pertenece. Yo, *ángel del amanecer*, te ofrezco la *verdad* —. El joven levantó la mirada para escuchar con atención—. Mikel Schmied es tu padre. Fuiste engendrado sin amor y con un solo propósito. Tu madre fue comprada y tu vida dirigida hasta este momento. Y ni siquiera en esto eres especial. Eres uno de muchos. Estás acá hoy porque todos los demás tuvieron fines tristes, pero ninguno peor que el que tendrás si sigues adelante. Fuiste creado por Mikel Schmied para ser su sacrificio. ¿Entiendes lo que te digo?

Rodrigo se tomó un momento y asintió suavemente casi agradeciendo. A continuación, comenzó a llorar en silencio. No era el llanto aterrado de antes. Era un llanto calmo de absoluta comprensión. Lágrimas que corrían imparables sobre un rostro inexpresivo y derrotado. Era tristeza pura y hubiese conmovido a cualquiera. Más triste aún era que nadie en esta sala tenía la capacidad para hacerlo.

Satanás se irguió satisfecho, listo para marcharse al fin.

—Creo que eso es todo. Puedes irte. El resto es entre Mikel y yo.

—Si le parece —interrumpió el Rodrigo con un hilo de voz calma e irremediable— prefiero que no. Haré lo que tengo que hacer.

—¡¿Por qué?! —le gritó el demonio desencajado—. No tiene sentido. ¿Qué ganas? No hay nada para ti acá —agregó sin comprender.

—Porque es lo correcto —finalizó el joven, por primera vez mirándolo fijo a los ojos.

Un perfecto simulacro de comprensión iluminó el perfecto rostro del príncipe de infierno. La carcajada retumbo por la habitación y, de manera no audible, por el mundo entero.

Una monja anciana en Albania escupió a dos muchachas que caminaban de la mano. Un hombre en Texas sacó el arma de su camioneta y caminó hacia la escuela. Sesenta pisos por debajo del Satanás, una mujer finalmente asqueada, abandonó su puesto de yogurts repleto de clientes y emprendió camino a casa.

El demonio se giró dedicándole una sonrisa de reconocimiento a Mikel.

—Mikel, viejo zorro. Le diste religión.

—Desde que nació.

Ana María y Juan José miraban incrédulos cómo la criatura frente a ellos recorría la sala carcajeándose y aplaudiendo burlonamente a Mikel.

— Y la mejor parte es que él sabe quién eres. Lo despreciable que eres.

— Claro que sí — contestó Mikel mirando complacido a Rodrigo—. Pero cree que puede salvarme

—Y lo hará —concluyó el demonio ya de pie frente a Mikel.

Con su mano perfecta Satanás estrechó la cadavérica extremidad del anciano

—Sé cuándo estoy derrotado. Al momento de tu muerte natural, no reclamaré tu alma. Si no la de Rodrigo Schmied en su lugar. ¿Tenemos un trato, Mikel Schmied?

El viejo juntó las fuerzas que le quedaban para levantarse por última vez y contestar lleno de satisfacción.

—Tenemos un trato.

Tiritando de emoción, Mikel firmó el *nuevo trato* con premura. El demonio repitió el gesto. Los abogados le llevaron finalmente el documento a Rodrigo, que con la mirada perdida marcó el papel trazando cada letra como una lenta despedida.

Hecho esto, el tiempo lentamente retomó su curso. Ana María notó a través de la ventana como el mundo comenzaba a moverse, al tiempo que la respiración de Mikel se acortaba. Los dos hijos corrieron a su lado.

—Entiérrenlo en el mausoleo. Junto a mí. Se lo ganó —articuló Mikel con dificultad mientras miraba a Rodrigo. El joven había vuelto a cerrar los ojos y parecía estar rezando.

—¿Se va a morir también? —preguntó Juan José.

El anciano tosió, los últimos rastros de vida abandonándolo. Ana María le dedicó una mirada furiosa a su hermano.



—Claro que sí, imbécil. Le vamos a arrancar el alma —le contestó, para luego volverse hacia el demonio—. ¿No es así, mi Señor?

El diablo no contestó. Solo les devolvió una mirada llena de satisfacción. La compresión y el pánico se apoderaron de los Schmied. Los aparatos conectados a Mikel comenzaron a gritar al unísono. Ahogado en la cacofonía y su propia saliva Mikel bramó cogiendo a su hija de la solapa.

—¡Mátalo!

Ana María no dudó. Cogió el cuchillo y corrió hacia Rodrigo, que rezaba de rodillas en el suelo. Ana María frenó de improviso. Sin que nadie lo viera moverse, el demonio estaba ahora de pie frente a ella. Se interponía entre ella y su presa, y ya no sonreía.

—Le prometí que nadie le haría daño en esta sala —dijo el diablo con un tono inexpressivo.

Sin un segundo de duda, la mujer le clavó el cuchillo en el corazón. Fue en ese momento en que el demonio abandonó el cuerpo de Juan José y volvió a tomar asiento en la mesa. Ana María vio con horror a su hermano menor derrumbarse frente a ella. Se volteó hacia su padre buscando perdón. Era muy tarde. Era ya muy tarde para todos.

En circunstancia normales, cuando una persona muere, lo que pensamos que es el alma abandona el cuerpo de la manera en que lo creamos, para migrar rápidamente a un plano de existencia, o no existencia, más definitivo. Este no fue el caso de Mikel Schmied. Apenas liberado de la carne, su espíritu simplemente permaneció. Presa aún del tiempo, comenzó a repetir las conductas que le eran costumbre. Lo primero que hizo fue pensar y, consecuentemente, comenzó a ser. Esto vino acompañado de desagradables repercusiones. Lo que era Mikel Schmied tomó conciencia. Luego, y casi por inercia, tomó una forma construida por el conjunto de vagas sensaciones de

lo que fue tener un cuerpo. La sombra de Mikel Schmied, un boceto bruto de su antigua materia, sólida a ratos, con voz de eco y agujeros sombríos por ojos, se halló de pie en la habitación más alta de la torre.

El espectro observó el caos desarrollándose a su alrededor. Se acercó a su hija, quien no pareció detectar su presencia, mientras alternaba miradas entre los cadáveres de su padre y su hermano. La sombra no reconoció su propio cuerpo. La parte de Mikel capaz de hacer eso ya no existía. La parte que podía sentir estaba aún. Y, sin entender por qué, se llenó de una pena y dolor que lo abarcaron todo. Fue entonces cuando notó a Rodrigo. Ya no estaba rezando. Estaba en el suelo, contorsionado de manera antinatural, emitiendo un gruñido gutural con cada respiración.

—Aterrador, ¿no? — señaló Satanás, ahora de pie junto a él y el único que parecía poder verlo.

—¿Qué le pasa? — preguntó la sombra con el recuerdo de su voz.

El demonio caminó en torno a Rodrigo. El joven se movía como una marioneta arruinada. Cada brazada un espasmo que dificultaban su intento de levantarse.

—Está sufriendo. Su espíritu ya está conmigo. Esto, lo que queda, solo siente hambre — explicó el diablo

—¿Hambre? ¿de qué? — interrogó la Sombra sin entender.

Satanás lo miró fijo.

—De las almas de otros — agregó justo en el momento en que la *cosa* que antes era Rodrigo se abalanzaba como un animal torpe sobre Ana María.

La hija de Mikel Schmied no era una víctima. Aún armada, le clavó el cuchillo tres veces en el abdomen a la criatura antes de atascárselo en la cuenca del ojo. Desafortunadamente, lo que quedaba de Rodrigo, una aberración, estaba ahora más allá de las leyes naturales y decidió que el hambre era más

importante que la muerte. Ignorando las heridas letales, mordió carne y hueso sin misericordia hasta que llegó a la parte donde estaba alojado el espíritu de su hermana y entonces siguió mordiendo.

Insaciable, la cosa abandonó el cadáver en busca de su próxima presa. Los despojos de Ana María, carentes ahora también de su alma, se hallaron contagiados del hambre. El cuerpo inerte de la mujer y animado por el apetito inacabable se levantó. Con la cabeza colgando del cuello mordisqueado y comenzó a parodiar el acto de caminar. Ambas criaturas estudiaron por un momento a los abogados, que aún tomaban nota de todo lo que sucedía. Los ignoraron y corrieron luego hacia la puerta, la abrieron a golpes y se apresuraron hacia el resto del edificio, y todas las almas que albergaba.

—¿Qué pasa ahora? — preguntó la Sombra de Mikel

El demonio levantó los hombros.

—Ha ocurrido antes. Lo han detenido antes. Quizás esta vez sí resulte.

—¿Qué cosa?

—El fin del mundo —concluyó el diablo mientras caminaba hacia la puerta de salida.

La sombra de Mikel se apresuró tras él.

—Pero, ¿qué pasa conmigo? ¿Por qué sigo acá? —preguntó desesperada

El demonio se detuvo a contestarle

—¿Todavía no lo entiendes, Mikel? Yo renuncié a ti, pero eso nunca significó que te iban a recibir en el *otro lado*.

El sol ya había desaparecido en el horizonte y la sombra se desdibujó en la oscuridad que había colonizado la habitación. Invisible, pero aún allí. Atrapada en terrible existencia.

—¿Hasta cuándo? —preguntó finalmente.

El demonio articuló en su voz lo más parecido a compasión que su naturaleza le permitía.

—Hasta el final. Como todos nosotros —agregó antes de desaparecer.

La sombra de Mikel Schmied permaneció en silencio escuchando el caos y los gritos que crecían y poco a poco iban llenando la torre.

# SE BUSCA EXOMINERA

Por Claudia Readí

En 2111 no era extraño divisar naves variopintas en nuestros cielos, ni menos saber que por sobre nuestro mundo había un constante movimiento artificial. No porque la humanidad hubiese descubierto vida inteligente en los planetas a los que había podido llegar, ni siquiera por hacer contacto con alguna, sino que por la necesidad imperiosa de poder preservar el nuestro.

Lo que sí pareció extraño ese año fue el caso de Verónica Saeli, por el que se realizó una indagatoria espacial que obligó a confederar el más alto nivel de jurídicos, científicos, ingenieros y expertos en investigación criminal.

Con el brío de cualquier joven, Verónica respondió al llamado de búsqueda de una exominera para las faenas lunares de la empresa Crossmos. Hacía tan solo mes y medio que se había titulado de ingeniería de ejecución en exominería y desde pequeña supo que Crossmos iba a ser su lugar, sus anhelos no podían apuntar a otra minera espacial que no fuera la mejor.

La colosal evolución que se veía en esos años era solo en apariencia. Se acarreaban asuntos que de extraordinarios no tenían nada, al contrario, parecían perpetuas como si estuviesen tatuados en nuestro ADN y gatillados desde las primeras civilizaciones humanas. Asuntos que ni siquiera se hicieron evidentes con lo que aconteció.

Como un proyecto de minería interplanetaria no tenía nada de rentable, se tuvo que llegar a una magnitud tal de deterioro en nuestro planeta que hasta la sobrevivencia de las autoridades y magnates se presagiara inviable.

La inversión que requería la extracción de minerales en otros planetas o satélites naturales, indispensables para sostener nuestro desarrollo tecnológico, no se vería recuperada ni siquiera a mediano plazo. Pero la

erosión de la tierra, la contaminación, el uso excesivo de agua para su funcionamiento y un largo etcétera de consecuencias por la actividad minera terrestre, terminaría por acabar nuestro ambiente. Y sin un planeta habitado por humanos, a la larga también les implicaría a los más poderosos que cualquier atisbo de negocio se les vería truncado. Ya habían comprobado que una sociedad robotizada no les ofrecía el sistema económico ni la sensación de superioridad que tanto se empeñaban en mantener.

Por tanto, se vieron con solo dos opciones: poner mano a la obra en hacer habitable otro planeta o cuidar el nuestro que ya estaba hecho. Hecho, aunque agonizante, pero que con los avances y conocimientos adquiridos creían que podrían salvarlo, y que, por lo demás, era la alternativa más económica.

Así fue que los multimillonarios a regañadientes aceptaron el reto, mientras los políticos simulaban alegría y orgullo porque al fin podrían detener la destrucción de nuestra *Madre Tierra*.

A los más escépticos, como a Verónica, les llamó la atención que el sector privado mutara a un segmento tan generoso, aun cuando era evidente que también necesitaban trabajadores y consumidores sanos, pero esa desconfianza ciudadana no se notó en lo más mínimo. Su incredulidad no eclipsó la alegría que sintió al ser notificada de que su solicitud de empleo había sido aceptada. Regocijo que disfrutó en solitario, pero del que alguna idea se hicieron sus amigos al día siguiente, en la celebración y despedida que ella misma organizó.

Por desgracia, la alegría, con o sin eclipse, hizo que fuera aún más inalcanzable que alguno de ellos siquiera imaginara el resultado de lo que se había fraguado en una conversación, y era que no, si esta se produjo hace cinco

años atrás. Tampoco el selecto grupo de interlocutores involucrados en ese entonces se lo esperaba.

—Acabo de hablar con el geólogo espacial.

—Qué bien. Justo estoy con nuestro senador. Te pongo en altavoz.

—Confío que están en un lugar seguro.

—Por supuesto, pero por favor, ahórrate los términos científicos. Recuerda que soy un simple banquero —sonrió sin disimular su exagerada suficiencia.

Seguió insistiendo en que bastaba con una faena sobre la superficie lunar, que no se justificaba extraer los minerales bajo ella. Que de estar instalándonos en Marte sería lo indicado. Le respondí lo que acordamos la otra vez, que quería rentabilizar mi empresa aprovechando de hacer estudios. Como lo noté dudoso, se me ocurrió explicarle que con ese aporte científico tendríamos un muy buen descuento en impuestos y terminó más que convencido.

—Perfecto. ¿Y qué tan avanzados están los túneles sublunares?

El gerente no corrigió el mal uso de ese término a su amigo banquero, su misión era otra. Continuó esa comunicación dos minutos más, en la que el Senador mantuvo absoluto silencio, como era su tradición.

Tradición igual de sagrada que la de todo el grupo de ponerse en contacto solo por voz, mientras esperaban ansiosos que estuviesen garantizadas las más altas exigencias de seguridad para poder reunirse en persona sin ser descubiertos o, por lo menos, que desconocieran por completo el tipo de actividad que los convocaba. Fue por eso que, tener al fin un lugar bajo el suelo lunar era la razón máxima de orgullo para la organización que se remontaba a años inmemoriales.

Contaban con que no tendrían los mismos fracasos de quienes la dirigían en la última década del siglo pasado, ni en la primera del siglo XXI. Pero como

de los éxitos también se aprendía, tenían muy en mente la experiencia que se tuvo al usar una abandonada base militar construida bajo hielo en la Guerra Fría, la que solo dejó de ser útil cuando vieron que el cambio climático terminaría inundándola. Catástrofe que supieron vaticinar a tiempo para ellos, los demás quedaron a su suerte, una que a todas luces fue muy mala.

Con tanta información heredada estaban convencidos de que eran la mejor generación, y esa sensación de superioridad no se conseguía ni con todos los recursos y poder que tenían. Se sentían en éxtasis, el que culminaría cuando ellos pudieran visitar esos túneles lunares.

Cinco años después, en 2111, Verónica había terminado su inspección e instrucción de la exominera Crossmos en terreno lunar. No cabía en ella tanta satisfacción y se encontraba maravillada por vivir esa experiencia privilegiada, como premio a las decisiones que había tomado en su vida. Por razones más bien estratégicas y económicas, los viajes espaciales aún no eran habituales entre el común de los humanos.

El día en que debía volver a la Tierra, junto al resto del equipo, para comenzar el trabajo de forma remota, todos sabían que nunca más volverían, que desde ese momento las máquinas especializadas y naves no tripuladas se encargarían de la extracción y distribución de los minerales. La mayoría de ellos tenían sentimientos encontrados nacidos de la ansiedad por volver pronto a la vida a la que estaban acostumbrados y que necesitaban para no sentirse tan solos y vulnerables, y la ansiedad del anhelo frustrado por no poder quedarse y hacer una expedición más extendida. Las salidas de la estación de trabajo eran estrictamente vigiladas, podían solo desplazarse por el terreno delimitado a la exomina. Sus instalaciones eran muy parecidas a las minas terrestres a tajo abierto de antaño. Por convención, el conocimiento



adquirido afirmaba que no era necesario, ni recomendable, realizar la extracción bajo la superficie.

Pasadas las primeras dos horas desde que Verónica se había levantado ese día, se encontraba en el comedor al momento en que se activó la proyección holográfica de un comunicado. Cada uno lo escuchó y leyó de forma automática en su idioma materno:

**Apreciados miembros de Crossmos**

Hay un retraso en la entrega de energía para poder realizar el regreso a nuestro planeta. Pero dado que el tiempo apremia hemos solicitado el envío de una mezcla con litio, sustituto obsoleto solo por ser menos rentable, pero que no presenta ningún problema de compatibilidad, y que la empresa con mucho gusto costeará.

La nueva fecha de retorno queda fijada para el 8 de julio de 2111. Nos encargaremos que en estos dos días libres cuenten con todas las comodidades y tendrán acceso libre a las salas de comunicación con nuestro planeta.

No olviden que las normas de seguridad y desplazamientos deben seguir siendo cumplidas de forma estricta.

**Agradecemos la comprensión y compromiso de todos**

Saludo afectuoso,  
Secretaría gerencial.

Nadie dijo ni expresó nada al respecto, la sensación ansiosa que ya traían se exacerbó en secreto y fingieron retomar lo que se encontraban haciendo mientras sus mentes sacaban sus propias conclusiones. Conclusiones que Verónica seguía masticando varias horas después en su cabina tumbada en la cama. Hacía rato, no sabía cuánto, la luminosidad de su dormitorio había descendido, avisando que en la Tierra ya era de noche, pero ella no pudo

conciliar el sueño. No le preocupaba tener cambios en su reloj biológico, estaba convencida de que los especialistas exageraban en la gravedad del asunto. Al fin y al cabo, en la Tierra la mayoría de los habitantes mantenían desórdenes del descanso durante toda su vida productiva. Tener insomnio lunar no tenía por qué ser aún más dañino.

Era el tipo de mujer para la que se había inventado el término *rebelde con causa*. Una rebeldía más bien intelectual, incluso frente a temas que no cabían dentro de su experticia y que solo a veces materializaba para ser vista.

Era por esa cualidad reflexiva que Morfeo no conseguía seducirla. Le frustraba tener la inmensa fortuna de poseer dos días desocupados en aquel místico satélite natural sin poder ir más allá de los límites de la faena minera. Le resultaba del todo ridículo. Tenían los trajes necesarios, el mapa digital, el sistema de comunicación, el tiempo e incluso transporte. Lo único que podría significar algún inconveniente era quizás contar con la voluntad de los encargados del monitoreo de esos implementos.

Los sensores de su habitación proyectaron frente a sus ojos la advertencia de que alguien se encontraba al otro lado de su puerta. A la izquierda vio una fotografía y en la derecha los datos de identificación y biológicos del visitante. Era Gonzalo y lo segundo más rescatable de la ficha desplegada era que estaba sano. Verónica sonrió más por alegría que por la poca utilidad de algunos inventos, que al final su mayor beneficio lo recibían sus inventores al abultar un poco más su currículum, para justificar el sueldo y cargo con fuegos artificiales. Se levantó e inspeccionó su propio aspecto. Bajó con las manos unos mechones prestos a descansar en una almohada, se roció spray desinfectante en la boca y encendió el traductor, ella manejaba tres idiomas, pero el español no era uno de ellos. Activó con su huella palmar el panel del borde del umbral y la puerta se abrió al tiempo que se sonrieron.

—Supe que tampoco podías dormir —miró un dispositivo en su muñeca. Había consultado sus signos vitales y actividad química.

—No sé si alegrarme por verte o enojarme por abusar de tus capacidades para romper las barreras de privacidad establecidas —respondió medio en serio, medio en broma. De todos modos, la vida privada era en realidad un espejismo sostenido por lo políticamente correcto.

Gonzalo dudó si era bienvenido, pero no dejó de dedicarle una insinuante sonrisa. Ella aclaró su incertidumbre, lo invitó a entrar.

Desde que se habían conocido en el transbordador espacial hacia la Luna no habían dejado de sentir una fuerte atracción, de eso ya tres semanas e incontables encuentros clandestinos. Él era el responsable de que los sistemas de comunicación de la comitiva funcionaran. En la empresa minera, al igual que en otras del rubro astronáutico, las relaciones personales entre los empleados estaban permitidas, pero eso era solo en la Tierra. Para los viajes espaciales las normas eran muy estrictas sobre todo en relaciones que incluyeran sexo, para así impedir abusos que pudieran salirse de las manos colocando en peligro las funciones específicas que cumplía cada uno y, por tanto, la misión completa. Pero cuando se juntan personalidades desafiantes y una buena dosis de habilidades y conocimientos, esta protección era letra muerta. Ellos *sabían* que sus performances carnales no afectarían en lo más mínimo al desarrollo de las tareas de la comitiva. Así como también supieron, en el primer descanso de sus actividades amorosas de esa visita a su dormitorio que, si al día siguiente se escapaban en un tour lunar, tampoco ocurriría ninguna desgracia.

Lástima que desconocieran que en algunas horas descubrirían lo equivocados que estaban.

El escape resultó más fácil de lo previsto. La mayoría se tomó muy en serio que era un periodo de relajo, además de que nada indicaba que fuera necesario estar muy alerta a lo que ocurriera dentro o fuera. En el fondo agradecían poder disminuir el nivel de estrés poniéndose al día con amigos y familia que permanecían en la Tierra, o incluso jugar y compartir copas entre sus compañeros. Otros pocos, para quienes la ansiedad les era una constante en su existencia, permanecieron encerrados en sus cabinas. Fue así como a Gonzalo y Verónica les bastó con su entusiasmo y aptitudes para aventurarse en esos parajes aparentemente grises y carentes de movimiento.

—Debo reconocer que en verdad no tiene ni un brillo —comentó Verónica a los veinte minutos de haber salido de las instalaciones.

—Es bien poco lo que hemos avanzado. Debimos tomar el Rover-7.

—Sí, claro. Y de paso activar la alarma de ataque para que no les quepa duda de que nos fuimos —respondió irónica.

—Ni siquiera nos sirve escondernos en esos cráteres para hacer *cochinaditas* —comentó jocoso—. Malditos trajes... ¿Quieres devolvete?

—Sigamos unos minutos más. No creo que nos tome mucho tiempo poder adentrarnos en la cara oculta de la Luna.

Ambos sabían que desde hacía siglos la zona oscura de la Luna no era ningún misterio y que ni siquiera era oscura. La luz solar bañaba el satélite por completo y de forma constante. La superficie del lado que nunca se dejaba ver desde la Tierra era prácticamente el mismo y monótono suelo en el que estaban, salvo por presentar más accidentes o círculos lunares. Pero el tour debía tener algún destino y qué mejor que ser testigo directo de una zona que la mayoría de los mortales solo veían a través de proyecciones.

—¡Diablos! —exclamó de pronto Gonzalo a los minutos cuando sintió que el injerto en su muñeca vibraba—. Yasuri me está buscando.

—Por cómo lo dices me imagino que no es solo para almorzar juntos.

Gonzalo no respondió con palabras.

—Estamos a veinte pasos nada más. Miremos un rato y regresamos — resolvió Verónica.

—No, si le pica la curiosidad a Yasuri en menos de dos minutos sabrá que estoy acá.

La turista sintió la desazón del revés, aun cuando desde hacía rato sabía que estaba forzando la idealización del escape. La hazaña no estaba resultando tan emocionante como imaginó.

—Pero, ¿si sigues tú? Estando yo dentro de la instalación, incluso, podría ayudarte si sucede algo que haga saltar la alerta de que faltas.

Pensativa miró hacia esos pocos metros que desde la Tierra parecían acabar en una inmaterial pared negra. Seguir sola transformaría la *fomedad* en algo más especial, una caminata no tan *fome*.

—Te amo —le respondió con una sonrisa de oreja a oreja, confirmando que la frase no contenía el sentimiento, sino que la emoción y gratitud de recibir una pequeña aventura inesperada.

—Yo también —rió. La entendió perfecto—. Estaré pendiente de tu sistema. Igual, no te demores mucho.

—Oka.

Gonzalo comenzó el regreso lo más rápido que permitía el entorno lunar y su traje. Sin detenerse le envió una respuesta a su colega para calmarlo mientras él conseguía aparecer a su lado. Activó su retrovisor para ver la espalda de Verónica. Sabía que era más que capaz de quedarse fuera todo el día si quisiera, pero no pudo evitar sentir aprensión. Dejó de verla para apartar esa sensación fatalista y pensó que de verdad podría llegar a enamorarse de ella. Respiró hondamente y apuró un poco más el paso.

En la noche Gonzalo se lamentaría con un enfermizo sentimiento de culpa por haber rechazado esa corazonada letal. Su carácter práctico le había impedido reconocer la fragilidad que trató de dibujarle esa premonición.

Nunca más volvió a ser el mismo. Las personas que lo conocían supusieron que su actitud pasmada fue fruto de un sepultado futuro laboral, a que la familia de Verónica estuvo segura de que él la había asesinado y porque todo el alboroto terminó en una condena de quince años en prisión, a pesar de que nunca hubo pruebas ni menos un cuerpo que lo corroborara.

Lo curioso fue que en realidad ni él ni ellos estuvieron en lo correcto, su estado comatoso no se debió a la culpa ni a sus consecuencias. Una vez pasado el shock inicial de la desaparición de Verónica, su condición de muerta en vida se debió a una secreta y constante medicación.

Había muchos otros silencios a los que ni siquiera la más avanzada inteligencia artificial podía darles sonido, y menos hacer eco a omisiones centenarias. Por tanto, tampoco se ensambló la trama completa que describiera la suerte que había corrido Verónica, toda vez que tuvo la osadía de adentrarse en el lado prohibido de la Luna.

Esta trama tuvo uno de sus capítulos en la primera década del siglo XXI, el que por obvia razón tampoco se archivó en relación a investigaciones del pasado, ni menos con las que vendrían después. Ni siquiera las memorias de un joven sobreviviente en la Tierra pudieron conjeturar la cadena de decisiones que había arrastrado y arrastrarían un sinnúmero de víctimas. Y es que la mente humana jamás estuvo capacitada para ver lo más atroz, simplemente lo que no debería ser, no era. Memorias terrestres que en su momento rezaron más o menos así:

Nunca olvidaré el día en que vimos oscilar las luces que anunciaban nuestro rescate. Claro que, no supimos que era de día hasta que pudimos llegar a la superficie.

Fui el primero en ponerme de pie cuando el contingente entró armado hasta los dientes, aun cuando estaba igual de drogado que mis compañeros. Quizás se debió a que, por mi carácter dócil y rostro atractivo, según lo que me decían, me convertí en el “regalón” de aquellos enfermos que controlaban todo y así no sufrí el mayor nivel de abuso físico con las aberraciones sexuales de nuestros captores. Del daño emocional y mental, todavía no puedo hablar... y creo que nunca lo haré.

Otra cosa que tengo grabada a fuego en mi mente es la expresión en la mirada del capitán a cargo de la misión. A pesar de que él sabía a qué iba, seguro no se esperaba ser espectador en primera fila de las consecuencias de una intensa maldad. Trató de contenerse, pero, aun así, cuando posó sus ojos en los míos supe que estaba sintiendo la misma desolación que yo, no tanto por las lágrimas que no podía contener y que corrían afónicas, sino que por el nivel de tristeza que emanaban.

“Oh, por Dios. No pensaba que eran tantos niños”, fue lo único que alcancé a escuchar antes de desmayarme y de poder aclararles que había muchos más al fondo de las cavernas subterráneas, y que de los que no habían podido sobrevivir a las torturas de divertimento no teníamos idea de dónde habían ido a parar sus restos.

También recuerdo cuando al fin pude concentrarme en verdad en alguna tarea o en la realidad que me rodeaba y leí uno de los tantos reportajes que inspiraron nuestra experiencia. Ahí supe que el capitán a cargo que me permitió compartir con su alma un poco de mi tormento con una simple, pero real mirada, se llamaba Roberto Galo. Seguro lo sabía de antes, pero mi mente estaba acostumbrada a no tomar nada de lo que veía, sentía y escuchaba. No era una reacción consciente de supervivencia, pero la agradezco. De lo contrario, de haber tomado mis experiencias en forma vívida, me hubiese vuelto loco o revolucionario, y ambos caminos me hubieran conducido a la muerte. Morir en sí, en esas circunstancias, no era una mala idea. De hecho, varios habían decidido suicidarse, pero lo que sí me resultaba terrible era llegar a ella sin haber tenido más que un puñado de días con una vida comfortable.

En ese artículo, además, me enteré de que el capitán Galo también había participado en la investigación de niños y jóvenes desaparecidos por allá en 1976. Él estaba recién egresado de la escuela de oficiales, como la mayoría de los que formaron el equipo. Yo supuse que fue porque los mayores no habían querido enemistarse con los que de verdad tenían el poder de salirse siempre con la suya. En el reportaje contaba que jamás pensó que volvería a ser testigo de la misma depravación de personas ambiciosas que, al tenerlo todo, absolutamente todo, al punto de que ya acumulaban cosas excéntricas e inútiles, caían en depresión, la que camuflaban con ese tipo de comportamientos erráticos, por no llamarlos perversos.



En lo personal, estoy seguro de que no pueden evitar sentir que siempre necesitan más, lo que sea y, por tanto, a cualquier precio. Y qué mejor si ese algo novedoso venía con un simulado sentimiento de camaradería, compañerismo que en el mundo de los negocios y de las apariencias no existía. Pero el valor agregado no terminaba ahí, no hay que olvidar que, con este tipo de actividades ilícitas, demostraban día a día que eran intocables y superiores en inteligencia que el resto de los mortales.

La única diferencia que contaba el reportaje era que en esos años el lugar de encuentro para la orgía sexual no consentida había sido una isla privada. No se hicieron públicos nunca los nombres de los políticos y magnates que estuvieron implicados, pero eso ahora tampoco fue muy distinto. Los puedo imaginar en esos años pensando que una isla sería un lugar ideal para taponar la insatisfacción constante con la que vivían, aun cuando poseían todo lo que ofrecía este mundo. Y en efecto fue así, al menos durante casi veinte años. Presumo que tuvieron que esperar a que el ambiente se calmara para encontrar otra manera de realizar sus sueños y creyeron que la solución sería mudar sus actividades “espirituales” bajo tierra, donde me tocó subterranizar.

Para mi desgracia eran inteligentes y tenían recursos de sobra, no solo materiales, sus manos llegaban a todos los poderes de varios Estados. Por eso ni les causó dolor de cabeza entender que no les convenía usar minas abandonadas, aun cuando de su existencia supieran solo un par de personajes, esta vez no tomarían ningún riesgo y la cavarían ellos mismos... Bueno, no de forma literal, los que hicieron el trabajo fueron los primeros hospedados en una sección que ni sospechaban que sería una tumba especial para ellos, tumba que además cobijó a varios entrometidos y huéspedes que no estaban tan seguros de que el servicio en esas instalaciones fuera el correcto. No puedo

negar que había sido una idea muy bien pensada, pero que para mí fortuna solo les duró hasta el 2010.

Así pues, nadie pudo lamentar que ambos no hubiesen estado cuando desapareció Verónica. Hubieran podido indicar sin la menor equivocación que, las perforaciones lunares se habían convertido en su catacumba personalizada. Pero, a Dios gracias, nadie vivía tanto como para terminar derrumbándose al unísono con la fe en la humanidad, ni siquiera en el 2111. Y de seguro, si la inteligencia artificial hubiera sido capaz de armar el puzzle oculto, se hubiese autodestruido, también.

—Siéntate derecha —le dijo él con una ternura imposible de percibir por la frialdad en la que estaba envuelta.

Su mujer anotó la primera falta en el formulario con su lápiz plateado brillante. La niña se acomodó en el asiento y devolvió a ambos una dulce sonrisa. En su corazón, él también quería sonreírle. Quería levantarse y abrazar a su hija.

A su lado, la mujer se mantenía inexpresiva. Él envidió su fuerza. El hombre apretó los dientes, enderezó su espalda y se contuvo de respirar profundo.

La mujer destapó el primer plato. La niña pudo ver frente a ella una pequeña ensalada de verduras orgánicas y un budín frío de atún cultivado en aguas libres de metales pesados. Con un rostro calmo e inexpresivo, dirigió la mirada a su padre, cuidando de guardar para ella cualquier signo de emoción. Él le devolvió la mirada unos segundos.

—Comienza —dijo la mujer. La niña, de peinado impecable y orejas libre de aretes, tomó el tenedor externo, tal como correspondía. Y con pequeños bocados vació el plato, masticando sin hacer el menor ruido.

Al terminar, la niña agradeció. La mujer asintió. Su padre se sintió aliviado. Ella lo había hecho bien.

La mujer destapó el segundo plato. El hombre sintió un escalofrío: pastel de cebolla y quinua acompañado por acelgas y zapallos italianos en crema de coco.

La niña no pudo disimular su angustia y frunció el ceño. La mujer lo registró al instante como una segunda falta. El hombre, aterrado, se vio en la obligación de hacer la corrección.

—Nada de caras —dijo el papá intentando disimular su nerviosismo—. Come tu comida.

La niña logró recuperar una expresión neutra. Con el tenedor principal desgarró suavemente una esquina del pastel y se lo llevó a la boca. Lo masticó en silencio y lo tragó lento y suave. Luego repitió la acción. Y cuando hubo tragado, preparó un tercer bocado de pastel en su tenedor.

«Es el último, Bernardita», pensó el padre. «Ahora tienes que probar las acelgas con zapallo, recuérdalo», rogó el hombre en silencio.

La niña lo sabía. Había practicado para este día sus cuatro años de vida. Pero nunca imaginó que le servirían esa comida que hace un par de meses se había negado a comer. Esa que convirtió un almuerzo de fin de semana en un conflicto mayor. Esa que hizo que su madre no volviera a mirarla a los ojos.

Ahora tenía que probar el plato. Y comérselo. Comérselo todo.

Preparó cuidadosa un bocado abundante de acelgas y zapallo. Sin seleccionar nada. Sin dudar. Sin estrategias. Y con una velocidad adecuada se lo llevó a la boca.

Cuando estaba a unos milímetros de llegar a sus labios, el aroma del guiso llegó a su nariz. La niña titubeó.

El hombre sintió un escalofrío. La mujer tomó el lápiz, amenazante. Podría haber dado por terminada la prueba, pero estaba decidida a que la niña aprobara.

La niña abrió la boca y se llevó el bocado dentro, para luego expulsar un impecable tenedor entre sus labios.

El hombre respiró, pero la niña, en un movimiento mezcla de tos y atoro, tomó aire con brusquedad para luego expulsarlo en un bufido que disparó por los aires el contenido de su boca en todas direcciones.

El papá tardó unos segundos en reaccionar. Tembloroso se limpió los restos de crema y acelga de su rostro, aguantando la punzada que le atravesaba el pecho.

La niña se llevó las manos a la cara y se permitió dejar salir su angustia en un llanto inconsolable.

La mujer dejó la carpeta de evaluación sobre la mesa y, con un movimiento suave y grácil, la cerró. Luego puso todos los platos en una bandeja y se retiró.

El hombre pensó en levantarse y darle un abrazo a su hija, pero la mujer podía regresar en cualquier momento. Se limitó a mirar a su hija al otro lado de la mesa.

«Mírame, hija», quiso decirle. «Te amo», quiso gritarle. «Soy un cobarde», se dijo con culpa.

Su mujer volvió a la sala. En sus manos llevaba una bandeja y sobre ella se alzaba una llamativa copa de helado de vainilla y chocolate, adornada con manjar y coronada con un rosetón de crema chantilly. Por un costado se asomaban dos rollitos de barquillo y encima de todo un brillante marrasquino firmaba este postre como el más atractivo que la niña había visto jamás.

La mujer puso el plato frente a la niña. La pequeña, incrédula, detuvo su llanto y la miró, pero la encontró ocupada ordenando sus papeles. No había mucho que ordenar, pero lo suficiente como para no mirar a la niña. El padre supo entonces que ella lo buscaría y evitó su mirada concentrándose en lo que hacía su mujer.

—¿Puedo comer helado? —preguntó la niña con desconfianza.

—Sí. La prueba terminó —dijo la madre y saliendo de la sala se dirigió a su esposo—. Déjala que disfrute su banquete. Se lo merece.

El hombre siguió a su mujer. Nunca se perdonó el no haberle hablado a su hija una última vez.

# RECUERDOS

Por Felipe A. Benavides Ramos

La bruma, siempre presente, donde quiera que vaya, donde mire, cubriendo cada aspecto de mi vida, no me deja ver.

La trato de disipar con la mano y un hombre aparece delante de mí. No puedo reconocerlo. Su rostro está cubierto de arrugas y su pelo es de un gris ceniciento, aun así, en el fondo de sus grandes y negros ojos hay un brillo, como si del final de túneles se tratara. Caminos que tienen luz al final, una salida.

De pronto una mano en mi hombro me saca de mi ensoñación.

—Deja de mirarte tanto al espejo Klaus, te vas a gastar —me dice otro hombre de más o menos mí misma edad, aunque varios centímetros más bajo.

Su pelo es liso y apenas cubierto por algunas canas. Un mar de arrugas hace casi imperceptibles sus ojos. En su ropa lleva una placa que dice “José”. Miro mi pecho y tengo una igual que lleva la inscripción con el que supongo debe mi nombre.

Él me mira y en sus ojos veo tristeza.

—¿Aún no recuerdas nada? —me pregunta en un tono paternal.

Para mí, es como que recién hubiese despertado de un largo sueño, un sueño que borra toda mi vida. No recuerdo absolutamente nada. Solo tengo memoria de hace unos momentos, del que ahora sé es mi reflejo en un espejo.

—¡Vamos! sirvieron esos huevos a la copa que tanto te gustan. El desayuno te animará y podremos hablar del partido que vimos con el Titán —me apresura.

Avanzamos por un corredor flanqueado de puertas, la mayoría selladas. Aquellas que están entreabiertas revelan a otros ancianos en su interior: unos nos saludan con gestos afables, mientras que otros nos observan con cautela. Es como si cada puerta fuera un umbral hacia un mundo desconocido, donde las historias y los recuerdos se entrelazan en el tejido del tiempo. A mitad de camino se nos suma otro hombre, es de mi estatura, en su cabeza, una zarzamora con las raíces nevadas. No puedo dejar de notar el aire de *victoriano* que le dan sus patillas. Su sonrisa hace opacar a todos sus demás rasgos. Me estrecha afectuosamente la mano y mira a José.

—¿Y? —le pregunta con ansiedad.

Silencio.

—Nada —le contesta mi acompañante.

Llegamos a lo que parece ser una gran sala de estar. Un noticiario se deja ver en la gran pantalla que está en su centro, rodeada de asientos y mesas. Varios ancianos conversan y comparten uno que otro juego de mesa. Me llaman la atención unas figuras delgadas y brillantes que atienden a algunos ancianos. Droides, según me explican mis compañeros. Última tecnología que cuidan de *reliquias biológicas*. Nosotros.

Vamos al comedor y llenamos de comida nuestras bandejas de bambú, según me entero después. Son sustentables, dicen. Aún no llegamos a una de las mesas cuando empieza la conversación.

—¿Le cuentas tú o le cuento yo? —pregunta José al Titán.

—Cuenta tú, poh, Chico, yo lo hice ayer y además te sale más entretenido —le contesta Héctor, el verdadero nombre del Titán.

Los ojos del Chico Pepe se iluminan, toma la taza de té que un droide le dio, se mete la mano al bolsillo y le agrega unas hierbas que saca de una bolsita de cuero.



—Bolder, menta y cedrón; el té solo sabe a meados —me explica mientras mezcla la infusión.

Me relata qué es lo que pasa, qué es este mundo que no reconozco. Somos vestigios de un tiempo pasado. Únicos humanos no alterados que aún sobreviven. En la década de los treinta se empezaron a implantar chips obligatoriamente a los recién nacidos y por elección a los demás. Ya no se necesitaban aparatos externos para comunicarse, todo se hacía directamente desde el chip. Llamados *telefónicos*, interacción con vehículos y computadoras. Todo era inalámbrico. Magia para mí. Así comenzó una nueva era, la de los Transhumanos.

Los pocos *chapados a la antigua* que nos negamos al implante, somos relegados y reclusos en asilos cuando ya no somos aporte para la sociedad. En estos lugares nuestras necesidades son cubiertas por máquinas. Solo un operador humano se encarga de ellas. El enfermero. No lleva placa identificadora y se encarga de las dosis de nuestros medicamentos. Todo esto me lo explican durante el transcurso de la mañana mis nuevos amigos.

El resto del día transcurre sereno. El Titán y el Chico Pepe rememoran partidos de fútbol, cuando eran los humanos quienes corrían detrás del balón y no máquinas pilotadas a distancia por adolescentes, con problemas de sobrepeso en su mayoría, sentados en sus estaciones de *trabajo* a miles de kilómetros. Cuando el deporte se basaba en las proezas físicas de un humano. Lo que era capaz de hacer. Mis compañeros fueron futbolistas alguna vez. José pone énfasis en el partido que su equipo jugó y donde tuvo que vendarse las costillas porque se las había roto en su trabajo real.

Más tarde voy al patio, una cúpula abovedada con lo que parece cristal en vez de techo, dejando pasar los rayos del sol. Me da la sensación de ser un invernadero, sobre todo por la micro selva que tiene el Chico Pepe. Una huerta de plantas medicinales entre el sin fin de flores o árboles frutales que cuidan de manera colaborativa, los que pueden hacerlo. No parece importarles a todos lo que es evidente para mí, una pared inexpugnable. Es ahí cuando me doy cuenta de que esto no es el paraíso que aparentaba. La comida, el entretenimiento, los cuidados: es todo falso. Estamos realmente encerrados. Es una cárcel, o algo peor, un vertedero. Es donde los transhumanos se deshacen de sus *viejos*. Padres, tíos, abuelos. Todos desactualizados a la espera de *dejar de funcionar*.

La pared impide que el sol nos siga mirando.

—Hora para que los *abuelitos se dentren* —dice de manera irónica Titán.

—Yo creo que no son remedios lo que nos dan, es veneno, para que nos dejemos de joder y nos muramos pronto— me cuenta camino al comedor.

—Son estas máquinas, con mente colmena, controlados por quién sabe qué raza de extraterrestres.

Miro al Chico Pepe y recibo una sonrisa y un encogimiento de hombros como respuesta.

Cenamos tranquilamente. Mis acompañantes comentan que mañana verán (otra vez) un partido clásico. En el que la selección venció a su archirrival trasandino y se llevó por segunda vez la Copa América. Después de reposar viene el té y las medicinas, como es tradición según me explican. El José extrae de otra bolsita de cuero, de color verdoso esta vez, una bolita de papel diminuta y vierte la mitad de su rojizo contenido en mi taza.

—Piola —me dice mientras me guiña un ojo y me hace un gesto para que guarde silencio.

La sonrisa de Titán asintiendo me da confianza. Bebo todo el contenido de la tasa.

Otra vez solo en *la* habitación. Parece una consulta médica. Puedo ver mi silueta reflejada en los azulejos del piso. Si algo saben hacer los droides es la limpieza. Mi vista recorre cada contorno, tratando de memorizar. Luego lo analizo. Al parecer soy muy ordenado, quizás hasta maniático. Los cajones tienen todo ordenado y clasificado, al punto que me hace dudar si yo soy capaz de hacer algo así o si es una máquina la responsable de esto. Mientras me sumo en mis pensamientos el sueño me domina. No sé cómo describir la sensación, no es un sueño normal. Claro, ahora lo veo, bueno, en realidad no veo y esa es la respuesta. Viene otra vez. La bruma. Antes de ser derrotado, logro poner algunas notas en el espejo, esperando que mi yo de mañana se despierte delante de él.

La bruma, siempre presente, donde quiera que vaya, donde mire.

La trato de disipar con la mano y un hombre aparece delante de mí. Su cabeza está adornada por una corona hecha con post-it. *Vigila al enfermero* tiene escrita una. ¿Qué querrá decir? ¿Quién la escribió? ¿Yo? No puedo recordar.

Busco en los cajones y encuentro un lápiz junto a un grupo de post-it. Recreo la frase. La letra es la misma. Fui yo. Desde la puerta un hombre me llama. Klaus repite insistentemente para llamar mi atención.

—¿Y? —me pregunta con mucho ánimo—. Nada, ¿cierto? —. La expresión de no entender nada le sirve de respuesta. Veo cómo su cara se ensombrece, aunque no dura mucho. De pronto, aparece otro hombre por el umbral de una puerta, con una toalla en el cuello y a medio rasurar.

—¿Funcionó? —pregunta este nuevo integrante de la improvisada reunión.

—No —le responde el primero.

—Pucha ¡Esperen que toca afeitada! —nos grita desapareciendo por el pasillo.

Vamos por el desayuno. Titán, el afeitado y Chico Pepe el otro. No usan la denominación que aparece en las placas. Héctor y José respectivamente.

—¿Te estás echando crema como las minas? —bromea Titán.

—¿Qué te pasa? Yo uso *Pielarmina* —le recrimina el Chico Pepe.

—Esa pasta de pantano que haces con tus hierbas está lejos de ser una crema para el cutis —le aclara Titán.

Todos reímos, aun así, quedo pensando. Tiene razón, algo pasa conmigo y creo que es eso, estoy *pensando*.

Comemos y hablamos alegremente. Me cuentan sobre sus tiempos de apicultores comentando cómo criaban abejas antes de la *gran desaparición*.

—¿Y el problema de los ácaros? —digo de improviso, dejando a mis interlocutores atónitos.

—¿Cómo sabes de esos bichos? —me interroga Titán.

No sé cómo contestarle. Es como si de pronto se hubiese abierto una ventana por la cual entró una brisa, que una brisa alejó la bruma. Fue una fracción de segundo y con eso logré interconectar pensamientos. Un breve acceso a mis recuerdos. Así como se abrió, se cerró. Me encojo de hombros y termino de darle los últimos sorbos al té que el Chico Pepe me preparó con sus hierbas y una pequeña porción de algo que extrajo de un rollito de papel.

El día transcurre sin mucha novedad. Solo el *punto en el cielo*, al que hizo mención el Titán, me dejó preocupado. Con el Chico Pepe nos costó

encontrarlo, pero una vez que lo vimos era indudable que no era un globo o una estrella.

Al final de la jornada, anoto el incidente y lo dejo en un post-it en el espejo. Hablando de eso, me hice caso, he observado al *enfermero*. Además, puse atención en la cantidad de pastillas que me dio, sus colores y sus formas. Terminé mis anotaciones justo antes de que me atrape la bruma.

La bruma, siempre presente, donde quiera que vaya, donde mire.

Ahora es un poco más tenue, no oculta todo, solo lo empaña. Me permite reconocer el rostro que veo en el reflejo. Klaus. Yo. Aunque exactamente igual que ayer. ¿Tengo la piel más tersa? También reconozco a Héctor y José. Bromean acerca de la marca de crema que uso.

—Debe ser Crema Pons —afirma Titán.

—Fueron mis hierbas —dice el Chico Pepe, con un tono orgulloso.

Le doy una ojeada al espejo: *vigila al enfermero*, alcanzo a leer antes de que el ajetreo del pasillo llame mi atención.

Antonio, según su placa de identificación, convulsiona en el piso.

—No le pasaba desde su ingreso y eso fue hace años —me susurra el Chico Pepe.

Con un gesto casi imperceptible el Titán apunta al Enfermero.

Mientras desayunamos me cuentan otros incidentes,

—El de Ricardo se despertó un día gritando, salió corriendo de su habitación, pateó un par de droides y solo entre varios logramos pararlo —me dice José.

—Balbuceaba incoherencias. Pensé que estaba poseído —agrega Héctor.

—Hasta que sumamos dos más dos —continúa José.

—Viejos, pero no giles —dice Héctor, elevando y mirando a los droides. No recibe respuesta más que la mirada de desaprobación de algunos comensales—. A quien le caiga el poncho... —no termina la frase.

—Cambiaron al cuidador y a la semana empezó el desbarajuste —concluye José y le vuelve a prestar atención a sus huevos revueltos.

Ahí recuerdo la nota: *vigila al enfermero*.

Luego me entero de que mis amigos también empezaron a mostrar algunas anomalías: dolores de estómago, de cabeza, mareos y náuseas. Malestares que antes no tenían.

—Vigilen al enfermero. Cuenten las pastillas. Anotes sus colores y formas —les pedí con un tono de urgencia que ellos notan.

—Nosotros damos lo mismo, eres tú el delicado —dice José disminuyendo aún más el pequeño espacio que separa a las arrugas de su frente.

—Cuando llegaste traías un frasco de vidrio con aserrín y un hongo rojizo —relata mientras me mira fijamente—. Me dijiste que debías tomar infusiones diarias con una pequeña cantidad del hongo en polvo, que eso te mantenía controlado. —Continúa sin apartar la mirada de mí.

—Pero ahora te necesitamos lúcido —termina de decir justo cuando los droides se acercan a darnos nuestros medicamentos.

No entiendo a qué se refiere. Después de esa conversación solo agrego hierbas a mi té. No volvió a tocar la bolsita de cuero verde.

La bruma, siempre presente.

Ya no necesito mi mano para apartarla, con un parpadeo basta.

Siento como si decodificara la clave para una sección de “la nube”, con archivos a los que no podía acceder. Aún así, todavía no tengo toda la información. Mi cerebro se siente como si volviera a comer un pedazo de carne luego de estar mucho tiempo con dieta blanda.

Esa mañana desperté como nunca antes. La pesadez que nublaba mi pensamiento había casi desaparecido, aun así, no reconocí el rostro que veía frente a mí. Esto es porque parece que estuviera viendo a otra persona diferente a la de ayer. A un familiar más joven tal vez. El reflejo casi no tiene arrugas, las pocas canas que le quedan son casi imperceptibles. Me atrevería a decir que parece quince o veinte años más joven.

Unos ruidos provenientes del pasillo llaman mi atención. Al salir me topo con una escena impactante. En el suelo hay una persona, José. A su lado está Héctor, tratando de ayudarlo. Me detengo un instante por la sorpresa de poder reconocer a mis amigos a primera vista, pero no hay tiempo, el Chico Pepe me necesita. Llego a su lado casi al mismo tiempo que los droides. No alcanzo a hacer nada cuando ya está camino a la enfermería y en el umbral de ella, nuestro tercero, que sonríe.

Su expresión gatilla un recuerdo, me transporta muchos años atrás, a una época pasada, cuando se podía recorrer las multitiendas que había en el centro de la ciudad. En ellas uno era recibido por unos muñecos grises que exhibían la última moda de la temporada. Congelados en el tiempo, inexpresivos, inmutables, así lucían los maniqués igual de enfermos,

—El maricón sonriente —dice entre dientes Héctor, con la ira enrojeciendo sus ya coloradas mejillas.

No alcanzo a reaccionar y mi amigo ya tiene entre sus manos el delgado cuello de nuestro cuidador. Ahora veo claramente que los relatos de las hazañas en la cancha del fútbol no eran exageración o invenciones. De un puñetazo le borra toda expresión al pseudo-humano del que estamos al cuidado. En la pared queda una mancha oscura, de la que Pollock estaría orgulloso. Semanas tardaron los droides en borrarla. Nunca supe por qué.

Mi mano en su hombro basta para calmar a mi viejo amigo. Su rostro cae bajo la sombra de la tristeza. Me abraza. Lloramos.

Cuando volvió en sí, el transhumano no entendía qué había pasado. Como nunca conoció lo que era el esfuerzo físico, asistido siempre por máquinas, le costaba procesar cómo el cuerpo de un viejo era capaz de semejante proeza física. Algo que las hormonas y la ingeniería genética nunca podrán imitar. En mi época lo llamábamos *la garra*.

Por otra parte, le encontré sentido al apodo de mi amigo: Titán. Le quedaba perfecto. Su cuerpo aún recordaba esa época cuando se columpiaba en las ramas de un sauce, se bañaba en un estero o jugando a la pelota hasta que el sol se ocultaba.

Cuando por fin los droides nos dejan ver al Chico Pepe, la escena me hiela el corazón. Verlo tirado en una cama de hospital, lleno de tubos, conmueve. Imagino cómo ese mismo ser, cincuenta o sesenta años antes, corría tras una pelota en una cancha de tierra.

—A los catorce se levantaba a las cinco de la mañana para ir a trabajar a la *constru*. Era el hermano mayor y se sentía con el deber de ayudar a la mamá a cuidarnos —me confiesa el Titán.

—Pasaba el día pegando ladrillos, acarreando sacos de cemento o agarrándose a combos con los viejos pesados que le querían quitar el almuerzo al ayudante nuevo —sus ojos se llenan de lágrimas y admiración al recordar los sacrificios de su hermano mayor.

Por un momento visualizo una pichanga donde estábamos los tres. ¿Me lo imagino o es un recuerdo?

Esta vez es el Titán quien me saca de mi ensoñación. Vamos al patio a regar las plantas del Chico Pepe. Es en ese pequeño trozo de Paraíso donde empiezo a crear un plan.



Con el enfermero fuera de combate, podemos hablar largo y tendido.

—Desde siempre —me dice cuando le pregunto desde cuando nos conocemos.

—Te acercaste un día que estábamos *pichangueando* y te uniste al partido —se ríe al contarme.

—De ahí que fuimos inseparables por muchos años, nos ayudaste a tirar para arriba, hasta que llegó la era de las máquinas y te desapareciste, te abrumó el fascismo tecnológico —me sonrío mientras continúa regando las plantas.

—Un día apareció una carta debajo de mi puerta, al Chico le llegó una igual. Nos dabas instrucciones de qué hacer. Por eso los dos acabamos aquí. Por eso no nos sorprendió cuando llegaste —concluye su relato con una sonrisa.

La bruma se ha ido.

No obstante, me cuesta reconocer al joven que tengo enfrente.

Ahora soy yo quien va a la habitación del Titán. Está sentado al borde de su cama. Tiene el aspecto de un vagabundo que se ha pasado toda la noche en vela. Me mira y distingo todos los rasgos de su cara, aquellos que su brillante sonrisa alguna vez ocultó. Es de esperarse, el Chico Pepe, su hermano mayor y amigo en todo este largo camino de vida no muestra señales de recuperarse. Siempre que necesitó de él, estuvo ahí para ayudarlo y no puede hacer nada para devolverle la mano.

Caminamos por el pasillo de esta residencia de obsoletos. Me doy cuenta de cómo su pulcritud contrasta con el estado de sus habitantes. Irónicamente lo único vivo aquí es lo que han desechado. Hasta nuestro guardián parece un no-vivo. ¿Será que la tecnología nos terminó quitando lo único que nos hacía especiales? A cada paso me da la sensación de estar en un patíbulo, en la Milla Verde. Miro al interior de la habitación y noto que algunos no son capaces ni

de levantarse. En una un droide limpia un charco de líquido amarillento debajo de una cama, mientras encima de ella un hombre respira pausadamente. Pienso que quizás alguien le dio la misión al enfermero para discontinuar pronto a los análogos ¿o lo hará solo por dinero? ¿Se podrán vender nuestras medicinas como drogas en esta época? No puedo seguir teorizando porque llegamos a nuestro destino.

El Chico Pepe continúa conectado a varias máquinas. Soporte vital según entiendo.

No habla, no se mueve, no reconoce, no siente.

El Titán le toma la mano, lágrimas furtivas escapan de sus ojos, quieren demostrar los sentimientos de este cansado guerrero. Su otra mano se aprieta, se enrojece llena de impotencia que intenta escapar por algún lado que no sean sus ojos. De pronto los droides nos indican que debemos salir, no podemos permanecer junto al enfermo. Pedazos de plástico y aluminio que no saben lo que es querer. No poder expresar lo importante que es a una persona y más aún, no saben el dolor que causa ver a alguien como un montón de carne y hueso, que solo respira gracias a una fría máquina.

En nuestra habitual parada en el comedor todo sabe a cenizas. Sin conversaciones de fútbol o abejas, sin chistes viejos.

En el jardín decido que no es tiempo para lamentarse. Me aprovecho de la limitada programación de nuestros guardianes cibernéticos. Las mismas de las que el enfermero se ha valido para cometer atrocidades con nosotros. Para él somos obsoletos, no muy diferente a un teléfono o un personal serio. Creen que ya no tenemos cabida en este mundo. Les demostraré lo contrario.

Para lograr mi cometido le echo mano al huerto del Chico Pepe. Conozco muchas de las plantas que él cultiva. Son semillas que yo mismo alguna vez le di.

El transhumano ya supo de lo que es capaz un cuerpo movido por una emisión. Ahora es tiempo de que conozca las capacidades de la *Madre Tierra*.

Mientras trabajo, el Titán contempla el cielo, a través de la cúpula. Metros sobre nuestras cabezas, la esfera reflectante parece devolverle la mirada. Por un momento su silueta en esta pequeña selva, se asemeja a la Johnny Weiss Müller. Logra hacerme sonreír.

Otro día sin el saquito verdoso. Así que mañana será un amanecer sin bruma.

La bruma se va y junto a ella las canas y las arrugas. Un sonido gutural y apagado me llama la atención. En el dintel de la puerta está el Titan, que me mira anonadado.

—Que agrado tenerte devuelta —me dice muy suelto de cuerpo—, aunque debemos apurarnos, no creo que puedas pasar otro día con estas *latas*.

Nos ponemos en marcha, junto a la jeringa que fabriqué con bolígrafos. El líquido incoloro que contiene es nuestra llave.

—Quería pedirle disculpas por lo del otro día —comienza a decirle el Titán a nuestro cuidador—. No debí reaccionar así, no es su culpa —continúa tratando de sonar convincente.

Aprovecho la distracción.

Entro y salgo sin que nadie ni nada me vea.

Un pitido, acompañado de unas luces anaranjadas llaman la atención del enfermero que deja al Titán con las palabras a medio salir de su boca.

—Era lo correcto —le digo mientras apoyo mi mano en su hombro. En su cara se mezclan las emociones. Sus ojos sonríen mientras su pera tiritita.

—Gracias —me dice mientras aprieta mi mano.

Lo veo marcharse, camino hacia el patio. Desde ahora él será el guardián del jardín.

Yo tomo el rumbo contrario.

En la puerta, el escáner de seguridad parpadea buscando coincidencias faciales. Nada. Mi rostro no está en la base moderna de datos. No hay razón para retener en un asilo de ancianos a un treintón.

Ya libre, levanto la mirada hacia el cielo.

La esfera está ahí, como siempre, vigilante.

# PROYECTO ANGUILA

Por Jesús Todemun

—¡Lo logramos! ¡Lo logramos! —vociferó Isidoro ingresando tan excitado como feliz al humilde laboratorio donde su compañera quien, antes incluso de poder articular palabra alguna, fue sorpresivamente alzada entre los brazos del caucásico joven.

—¡Isi, Isi por favor! —mascullaba la joven completamente confundida tratando de evitar que aquellos frenéticos movimientos pasaran a llevar algunos de sus experimentos—. ¡¿Qué está sucediendo?!

—¡Lo logramos Etel! ¡Lo logramos! —proseguía el delgado científico depositando finalmente a su compañera frente a él.

—¿Lo logramos? —prosiguió Etelvina.

—¡Si! —vociferó nuevamente Isidoro alzando sus brazos en señal de victoria.

—Bien, bien... pero... ¿Qué cosa logramos? —interrogó la joven de castaños cabellos completamente perdida.

—¡¿Cómo que qué cosa?! —gruñó el desaliñado científico con cierta indignación—. Llevamos meses creando el prototipo de “relámpago”

—Oh, ya veo... te refieres a la vara retráctil electrificada... —Acotó Etelvina con ironía poniendo en blanco los ojos.

—Está bien... sé que no es tu proyecto favorito...

—No —Cortó—. No lo es...

—Pero es lo que nos dará el financiamiento suficiente para costear nuestros propios experimentos.

—Llevas meses diciendo eso Isidoro...

—¡Pues tenía razón! —Increpó con orgullo el esbelto científico.

—Está bien... tienes mi atención, te escucho.

—Perfecto, aquí voy.

—Sí, sí —Acotó la pequeña científica haciendo un gesto con su mano para iniciar el monologo de su compañero.

—Como pudiste o no escuchar en las noticias, hace no mucho se le otorgó a los serenos, nuevas atribuciones para el orden público, sin embargo, estos hasta ahora solo disponían de sus típicas y arcaicas varas con las que apagaban las luces de los faroles, aunque como bien todos sabemos, ya desde hace unos 5 años, gracias al mismísimo Tesla que no existen faroles a vela, por lo que en vista de la celebración del centenario de Chile, se inició un concurso abierto para crear un arma no letal que ayudara a los serenos con sus nuevas labores...

—Espera... —cortó Etelvina, cada vez más sorprendida—. ¿Me estás diciendo que tu varita eléctrica gana?

—Nuestra... ¡Nuestra! varita eléctrica, mi querida Etel...

—Vamos... yo solo cometí un error al canalizar la electricidad emitida por las bobinas de tesla en... esas cosas... y bueno... electrocutarme varias veces en el proceso... —Gruñó la joven acariciando una de las marcas aún rosáceas sobre su brazo de aquel accidentado día.

—Los más grandes inventos no son más que meros accidentes.... —acotó el pálido científico con una pacífica sonrisa que cruzaba su rostro mientras acercaba la herida de su compañera hasta su rostro para besarla—. Además... ¿no habías creado algo así como un suero que ayudaba con la resistencia eléctrica?

—Es más como un trabajo en proceso —murmuró Etelvina con su mirada perdida en una inusual pecera llena de anguilas.

—Tal vez nos sea de utilidad —prosiguió el joven siguiendo la mirada de su compañera—. Tal vez incluso con lo que ganemos podemos traer eso exóticos avispones orientales de los que hablabas.

—Podría ser útil... —balbuceó pensativa guardando silencio algunos segundos antes de proseguir —Según algunas investigaciones el avispon oriental puede absorber energía solar y utilizarla para crear pequeñas descargas eléctricas... —acotó la científica con fingido impacto ante tal información.

—¡¿No me diga?! —Vociferó Isidoro con falsa sorpresa llevando su mano ante su pecho para un mayor impacto dramático antes de romper en risas junto a su apasionada compañera.

\*\*\*\*\*

—Te lo vuelvo a repetir Isidoro, si quitas esa resistencia la vara no será estable.

—¡Sí, sí! —cortó el agotado científico—. ¡Eso ya lo sé Etel! pero necesitamos aumentar la potencia de la vara, el alcalde...

—Sí, sí —Mofó la joven científica acercando un vial a su compañero antes de proseguir con sarcasmo—. El nuevo y gran alcalde don Idelfonso Marambio Rodríguez quiere causar una buena impresión el día del centenario con estas nuevas armas ante el nuevo presidente don Barros Luco.

—Es más que eso y lo sabes —Gruñó el científico bebiendo el viscoso contenido del vial aparentemente ya acostumbrado al mismo.

—Vamos, Isi, ¿De verdad te crees esta farsa de que los piratas han vuelto? Hace décadas que no se sabe nada de ellos y aunque aparecieran, no tendrían que solo atravesar las murallas de la ciudad, sino también tendrían que derrotar a la guardia coquimbana y sí, todos sabemos que en su mayoría no son más que borrachos libidinosos y mujeriegos, pero al menos son valientes cuando de luchar se trata.

—Cualquiera es valiente cuando está ebrio —Gruñó Isidoro notando una extraña sudoración de tonos rosa provenir de su cuerpo, la cual, notaba que su compañera apreciaba con cierta incertidumbre.

—Eso ya no importa, Isi —prosiguió Etelvina tomando una muestra del sudor de su compañero —. Los piratas en la actualidad no son más que cuentos infantiles —Cerró levantándose y dirigiéndose a su microscopio con total calma.

—Etel... —nurmuró el científico notando incómodo la extra-viscosidad de su cuerpo, además de la pigmentación poco usual de la misma.

—¿Sí? —contestó sin mayor interés la joven científica analizando cuidadosamente la muestra mientras tomaba notas de ella.

—Sé que te pedí que trabajaras principalmente en tu suero por precaución, mientras, yo hacia los ajustes del Relámpago y que estaba encantado de ser el sujeto de prueba del mismo... pero...

—Sí, sí —Cortó Etelvina—. No te preocupes, sé que posiblemente te preocupa el color, pero no es nada.

—¿Nada?

—Mira... —Prosiguió volteando a su compañero—. Es muy simple, la viscosidad propia de las anguilas genera una base de permeabilidad eléctrica que en un principio puede ser de utilidad cuando el voltaje es menor y controlado, pero después de la sobrecarga que provocaste hace unos días en el laboratorio, me vi obligada a buscar una base de mayor resistencia, por lo que después de una amigable visita al zoológico, añadí al suero un poco de... bueno... hipopótamo.

—¡¿Entonces estoy sudando mi propia sangre?! —Espetó Isidoro incómodo.



—No, tranquilo, eso es solo un mito, el color se debe a otros factores sin relevancia en este momento... —contestó de inmediato Etelvina—. Aunque admito que no esperaba que tu cuerpo lo asimilara de esa manera... —masculló entre dientes pensativa.

—Bueno... como sea... sabes que confío en ti y, por lo que dices, supongo que esta nueva y horrible capa de viscosidad me permitirá probar una vez más el “Nikolo10”.

—Oh, no... —masculló la joven apreciando como su compañero se levantaba lleno de confianza hacia su orgullo tecnológico—. Isi, espera...

—No te preocupes, Etel —Cortó el entusiasta científico encendiendo su arma—. Sé que creé una sobrecarga el otro día, pero eso es porque cometí el error de mantener la conexión abierta, esta vez integre una batería externa que permite almacenar la energía creando de este modo un circuito cerrado.

—¿Y estás seguro que no nos volveremos a electrocutar?

—No te voy a mentir, Etel —Acotó Isidoro recogiendo su prototipo de armamento de aspecto similar a una simple escopeta con docenas de pequeñas luces que parecían ser diversos indicadores—. Reemplacé el cañón por uno de material aislante e integré diversas ventilas que debiesen ayudar a enfocar el tiro, además, con la batería la potencia debería ser mucho más limitada...

—¡Contesta la pregunta, Isidoro!

—No te preocupes, Etel... —prosiguió el científico, apuntando una pequeña lámpara a un costado de la puerta de entrada—. Si mis cálculos son correctos, y considerando que solo usare la potencia mínima, lo único que debería suceder es que se sobrecargue esa lámpara y tal vez estalle el vidrio. —Cerró al tiempo que presionaba el gatillo de su arma lleno de confianza creando un fluorescente destello verde que inundó la habitación y no solo reventó aquella pequeña lámpara frente a él, sino también creó un prominente

agujero en la pared incinerando tanto la madera de esta, como gran parte de la puerta de entrada.

—Espero no llegar en mal momento. —Se pudo escuchar a través del agujero creado de manera inesperada—. Aunque yo diría que tal vez llegué en el momento correcto —prosiguió la voz asomándose ligeramente a través del agujero para ver qué sucedía allí adentro.

—¡Alcalde! —Se pudo escuchar al unísono de parte de ambos científicos tratando burdamente de no verse tan desaliñados como de costumbre.

—¿Puedo pasar? —Acotó el joven alcalde—. O preferirían charlar a través de esta... digamos... ventana sorpresa.

—¡Por supuesto! —Espetó de inmediato Isidoro acercándose de manera rauda a la puerta intentando en vano girar el pomo debido al exceso de viscosidad en sus manos.

—Deja, lo hago yo —Refunfuñó Etelvina acortando distancia para limpiar el pomo con su falda y abrir sin vacilar aquella agujereada puerta.

—Muchas gracias —prosiguió Idelfonso con una ligera reverencia que quedó a medio camino tras ver confundido la viscosa apariencia de Isidoro.

—Pu... puedo explicarlo —comentó nerviosa la joven científica al ver el rostro del alcalde—, Como bien sabrá, muchos de nuestros actuales experimentos utilizan la energía de los generadores de Tesla, sin embargo, en el proceso, muchas veces las cosas no salen como lo esperamos —prosiguió señalando el agujero en la entrada—, razón por la que he estado trabajando en un suero de fácil consumo que evite que la corriente nos dañe de manera directa...

—No digas más —Cortó el alcalde alzando una mano—. Me encanta, sin embargo, yo vine aquí por una vara eléctrica...

—Respecto a eso...

—No —Cortó nuevamente Idelfonso—. Tranquilo, puedo ver que no están haciendo mal uso de los fondos municipales, aunque esto —prosiguió señalando la extravagante arma de Isidoro— debo admitir... es más de lo que esperaba ver hoy... ¿Cuándo estará listo?

—De... de hecho alcalde... esto es más como un proyecto personal...

—¡Ya no más, joven! —interrumpió el impertinente edil—. ¡Lo quiero!

—¿Y qué hay de la vara?

—¡También la quiero!

—Pues... —prosiguió Isidoro—, no quiero abusar... pero en tal caso... creo que necesitaremos un fondo mayor...

—Y por lo que veo un nuevo laboratorio... —Refunfuñó Idelfonso apreciando con incomodidad aquel humilde lugar —Bueno... está decidido, el lunes los quiero a primera hora en el edificio municipal, les arreglaremos algo.

—¡Si señor! —Se escuchó nuevamente al unisonó mientras el edil se retiraba del lugar.

—Y por cierto... ¿tiene algún nombre este nuevo juguete? —Inquirió apuntando el agujero antes de retirarse de salir del laboratorio.

—Si... sí señor... lo llamo... “Nikolo10”

—Me agrada... pero le falta... potencia... —murmuró—. ¿Y qué hay del suero?

—No... no lo sé aún, señor...

—Bueno... tendrá tiempo para pensarlo mientras lo mejora... me preocupa que mis hombres se vean... —Acotó realizando una extraña pausa con un gesto de incertidumbre mientras apreciaba el rosáceo rostro de Isidoro— bueno... me preocupa su apariencia. —Cerró agitando su cabeza y retirándose definitivamente de aquel lugar.

—Bueno... el nuevo alcalde es definitivamente una persona muy especial...  
—murmuró Etelvina tras unos minutos apreciando el rostro de felicidad en su compañero, quien parecía no saber que ahora su rostro era más sonrisa que otra cosa.

\*\*\*\*\*

—No lo sé, Isi... siento que nos estamos dejando llevar...

—¡Por supuesto que nos estamos dejando llevar! —Espetó el ahora bien vestido científico —¡Mira este laboratorio! ¡¿Alguna vez pensaste que tendrías un lugar así para tus experimentos?!

—Creo... que no...

—¡Por supuesto que no! —Espetó nuevamente—. ¡¿Alguna vez pensaste que tendrías a otros científicos trabajando para ti?! ¡¿Llegaste a imaginar que usarías ropa tan elegante?! ¡¿Qué atenderías reuniones con gente importante?! ¡¿Qué vivirías en los barrios altos?!

—No... —murmuró incómoda Etelvina apreciando su elegante ropa—. Jamás pensé que tendría una vida así...

—¡Pero la tienes!

—Sí... pero...

—¡¿Pero qué?! —Cortó el científico con desagrado.

—¿No ves lo que estamos haciendo?

—Sí —refunfuñó Isidoro apreciando en la habitación contigua cómo ajustaban los detalles finales de su nuevo proyecto—, lo que siempre quisimos hacer...

—¿Eso era realmente lo que querías, Isi? —Prosiguió Etelvina apreciando la mirada fija de su compañero en su nueva arma.

—La Nikolo100 es el arma definitiva, Etel... —masculló el científico inmóvil—. Con una fuerza de impacto como esa... nadie nos podrá detener... ni siquiera los piratas...

—Los piratas... —Mofó la científica agitando su cabeza—. Los piratas no existen Isidoro.

—¿Acaso no leíste los reportes del alcalde?

—Claro que los leí —prosiguió con una extraña ironía—. No solo los leí, también decidí indagar que era lo que estaba ocurriendo.

—¿De qué estás hablando, Etel?

—Somos científicos, Isidoro y sabes tan bien como yo, que esos reportes eran inconsistentes, así que te lo reitero, decidí averiguar qué era lo que estaba sucediendo.

—¿Qué hiciste, Etel?

—No mucho realmente... solo fui a los lugares que los reportes indicaban, muchos parecían ser lugares abandonados, pero cuando mirabas de cerca, podías notar que allí hubo gente hace no mucho.

—Piratas... —Inquirió el científico frunciendo el ceño.

—Claro... —Prosiguió la joven con una sonrisa de desagrado—. Piratas... como tú o como yo.

—¿De qué estás hablando, Etel?

—¿Acaso no recuerdas cómo llegaste a estas tierras?

—Yo... yo...

—Tal vez no lo recuerdes bien porque tus padres te trajeron hasta aquí desde pequeño —cortó Etelvina—, pero yo sí recuerdo como llegue y te aseguro que no fue de una manera agradable, ¿Piratas? No, Isidoro... no existen tales piratas, solo existen personas que, al igual que nosotros, solo buscan mejores oportunidades aquí, en la “famosa capital del mañana”

—Pero... los reportes... los avistamientos...

—¿Crees realmente que, si los piratas hubieran aparecido, no habrían intentado volver a incendiar toda la ciudad?

—Pero entonces...

—Los reportes no son del todo falsos si te hace sentir mejor, pero no es contra los piratas con quienes luchas, son solo gente que busca mejores condiciones de vida...

—Esto no tiene sentido, Etel... si fuera como dices ¿No crees que ya habría visto a toda esa supuesta gente?

—Tal vez deberías salir algún día de las murallas que rodean esta ciudad...

—¿A qué te refieres?

—Allá en la parte exterior... cerca de la fundición Lambert, no hay solo algunos trabajadores, Isidoro... existe toda una población que creyó que encontraría fortuna en estas tierras, gente como tus padres o como yo... sin embargo... es ahora gente que allí afuera solo está muriendo de hambre...

—Esto no tiene sentido... el crecimiento económico de la ciudad no tiene precedentes, si esa gente realmente estuviera allí y necesitaran ayuda, estoy seguro de que Idelfonso habría hecho algo.

—Y claro que lo hizo... ¿Acaso no te preguntas a dónde van tantos Nikolo10 y niko5 si aquí dentro de las murallas la gente vive en paz?

—¡No! —Cortó Isidoro consternado—. Tonterías... ¡Tonterías! Esto no tiene ningún sentido.

—No... lo tiene —Acotó Etelvina mirando ahora con asco su elegante ropa—. Creo que solo nos dejamos llevar...

—¿Quién hubiera pensado que algo así podría llegar a suceder?! —  
Refunfuñó Isidoro agotado.

—Supongo que eso es lo que sucede cuando tratas a personas comunes  
como piratas... —Acotó Etelvina con desagrado acelerando el paso.

—¿Qué?

—Se convierten en piratas...

—Creo... —prosiguió entre jadeos el joven científico deteniéndose en una  
esquina tratando de evitar la turba molesta del otro lado— que a final de  
cuentas tenías razón...

—Sí, sí —gruñó la joven con sarcasmo levantando su abultado vestido para  
sacar de su enagua dos Niko5 y entregar una a su compañero—. Bueno, espero  
que estés contento de finalmente disparar tu pistolete eléctrico contra los  
“piratas”.

—¿Qué?! ¿Pero por qué haría eso?! —Refutó el joven tomando su  
creación con nerviosismo.

—Mira —espetó Etelvina con una mirada fulminante—, sé que le dijimos  
al alcalde cuando nos ofreció transportar todo al nuevo laboratorio, que no  
quedaba nada peligroso o importante aquí, pero mentí, el suero anguila que  
entregué solo era uno de mis proyectos y no estaba dispuesta a entregarle mis  
otros experimentos a ese lunático.

—¿Qué es lo que hay allí, Etel?

—No estoy segura...

—¿Qué?! —Espetó entre dientes Isidoro asomando su mirada para poder  
avanzar.

—Son... procesos, Isi... —masculó la joven mientras atravesaban la calle tratando de llegar a su destino—. No sabría contestar con certeza, muchos de mis sueros nunca llegaron a probarlos en humanos debido a su inestabilidad.

—Etel... ¿nos estamos arriesgando al volver a nuestro antiguo hogar por algo de lo que no estás segura?

—Tal vez no tendríamos que arriesgarnos si no hubieras estado tan entusiasmado de lucirte junto al alcalde para mostrar la Nikolo100 —refunfuñó la científica.

—Sí, sí, lo sé —gruñó, Isidoro—: me dejé llevar nuevamente. Pero reitero ¿Por qué estamos arriesgando nuestras vidas aquí? —Cerró notando a la distancia una turba junto a su antiguo laboratorio.

—Verás... La viscosidad para la aislación eléctrica no era lo único que estaba extrayendo, fuerza, velocidad, aguante... estaba tratando de condensarlo todo Isidoro...

—Vaya... y yo que pensaba que los científicos locos eran un mito...

—Mira... no sé de qué te quejas, por fin podrás probar la efectividad de las Niko5 tú mismo —Refutó la joven notando enseguida la preocupación en su compañero mientras activaba el arma—. Vamos... no estés preocupado, tú mismo dijiste que esta arma se creó con el fin de aturdir a una distancia segura.

—De seguro nada, Etelvina —cortó el joven deteniéndose detrás a unas bancas—. Solo somos dos contra una turba enojada.

—Pues alguien tiene que detenerlos —cerró la científica alzándose con determinación solo para ser sujeta de un brazo y lanzada hacia abajo nuevamente por su compañero—. ¡¿Pero qué mierda te pasa?! —Espetó viendo a Isidoro nervioso buscar algo dentro de su chaqueta.

—Está bien, está bien, no eres la única que tenía proyectos secretos —acotó el joven retirando una petaca de uno de sus bolsillos.



—Supongo que decías enserio eso de que todos son valientes cuando están ebrios —rezongó Etelevina con desagrado.

—No... no es lo que crees —Prosiguió girando la tapa del recipiente activando un pequeño mecanismo interior que al instante comenzó a resonar con un ligero tic tac—. Hace unos años vi unos diseños de algo llamado “granada”: este es mi prototipo personal... si funciona... puede que todo esté bien, sino no... supongo que lo haremos a tu manera. —Cerró lanzando con fuerza la que parecía una petaca hacia la turba, la cual, tras solo un par de segundos de impactar contra el piso del lugar, soltó una inesperada e impactante carga eléctrica que logró aturdir en cosa de instantes a la mayoría allí presentes, provocando enseguida pavor en aquellos que no fueron afectados por la corriente, quienes no dudaron en salir despavoridos de aquel lugar.

—Vaya... y yo que pensaba que los científicos locos eran un mito... —musitó Etelevina confundida.

—Bueno... supongo que somos tal para cual... —acotó Isidoro levantándose nervioso—. Vamos... debemos recuperar nuestras cosas, no sé cuánto dure el efecto de la granada.

—Tampoco necesitamos mucho tiempo —Rezongó la joven científica levantándose junto a su compañero y acelerando el paso para llegar lo más rápido posible hasta su antiguo pórtico solo para notar que este ya había sido vulnerado—. Oh, no...

—¡Ten cuidado, Ete! —acotó raudo Isidoro al ver a su compañera ingresar en el laboratorio sin reparo alguno—. No sabemos si pueda haber alguien adentro.

—Qué poca fe le tienes a tu granada —refutó Etelevina señalando los cuerpos inconscientes al interior del lugar mientras se adelantaba.

—Bueno... supongo que eso me ahorra la fase de prueba —farfulló para sí el científico mientras esquivaba los cuerpos inconscientes en el lugar y apreciaba con orgullo la efectividad de su nueva arma—. Aunque me habría gustado no gastarla de este modo... —Prosiguió notando que ya no escuchaba los pasos de su compañera—. ¿Etel? —Increpó confundido luego de unos segundos de extraño silencio—. ¡¿Etel?! —Prosiguió con mayor intensidad acelerando el paso al no obtener respuesta alguna—. ¿Dónde se habrá metido...? ¡Oh! ¡Etel!

—¡Shhhhh! —Rechistó la joven en el dintel de su bodega al escuchar a su compañero.

—¿Qué sucede? —Susurró el joven asomándose ligeramente solo para poder apreciar con horror lo que parecía el cuerpo de un humano obeso e incandescente sentado en aquella bodega, aparentemente inconsciente—. ¿Qué... qué... mierda...?

—Debió tomar uno de los sueros —susurró Etelvina nerviosa, notando que ya no quedaba vial alguno en el lugar.

— Suerte para nosotros que la granada lo dejó inconsciente.

— No... —Acotó la científica retrocediendo lentamente—. La granada debió gatillar la activación del suero, de seguro lo bebió y su cuerpo no pudo procesarlo de manera correcta, tal vez si estaba inconsciente antes, pero el golpe eléctrico...

—Un momento, Etel... ¿El golpe eléctrico lo activó?

—No tenemos mucho tiempo, Isi, te lo explicaré luego, ahora debemos salir de aquí lo más calmadamente posible —Logró decir antes de enterrar accidentalmente uno de sus tacos en la mano de uno de los desconocidos inconscientes en el lugar, quien presa del dolor comenzó instintivamente a

gritar—. Oh, no... —masculló la joven disparando sin dudarle su arma en aquel desconocido noqueándolo nuevamente.

— ¿Oh, no? —Increpó Isidoro impactado escuchando lo que parecía una anormalmente escandalosa flatulencia anal—. ¿Pero qué mierda...?

— Suero concentrado de hipopótamo...

— ¡¿Qué?!

— Está delimitando su territorio —murmuró Etlvina sintiendo el pesado cuerpo destruir los anaqueles de su bodega—. No podemos irnos Isidoro...

— ¡¿Qué?! ¡¿Acaso te terminaste de volver loca?!

— Los niveles de concentración en ese suero podían teóricamente alterar el ADN del ser vivo que lo consumiera, pero para poder estudiarlo con calma, interpuso ciertos requisitos de activación

— Déjame adivinar —Acotó Isidoro molesto—. ¿Debía exponerse a una fuerte descarga eléctrica? Pero... ¿Por qué mierda hiciste algo como eso considerando las armas que yo estaba creando?

— Siempre y cuando el requisito se respetara, podía estudiar el comportamiento del suero de manera pacífica, luego si no eras tú el que integraba en los alrededores la descarga, lo hacía yo de manera controlada y estudiaba la alteración.

— Eso no suena mejor —Refunfuñó el científico antes de proseguir—. ¿Y ahora qué hacemos?

— No estoy segura... pero ya marcó su territorio, si no lo detenemos va a matar a todos en este lugar...

—¡¿Y cómo se supone que hagamos eso?!

—Yo... no estoy segura... Los golpes eléctricos no son una opción — Masculló Etlvina nerviosa mirando en todas las direcciones escuchando

como poco a poco el viscoso sujeto intentaba dejar la pequeña bodega—. Debe haber algo por aquí que nos pueda ayudar...

— No sé tú, pero si dejé algo aquí, estoy seguro de que no fueron más que prototipos fallidos de cosas inútiles.

— ¿Prototipos?

— Si, pero no es más que basura, la mayoría son cosas que no lograban estabilidad...

— ¡Eso es!

— ¿Ah?

— ¿Recuerdas aquella vez que casi incendias el laboratorio?

— Tendrás que ser más específica... —Rezongó Isidoro ligeramente avergonzado.

— Estabas tratando de crear un nuevo tipo de bombilla incandescente y tan rápido como comenzó a iluminar el lugar, comenzó a emitir un nivel de calor inusual...

—Y no podíamos acercarnos al interruptor...

—Y para cuando lo logramos este estaba tan caliente que se había comenzado a derretir...

—Y las libretas cercanas comenzaron a combustionar de manera espontánea.

—Tal vez mi suero te vuelva inmune a las descargas eléctricas...

—Pero no a los golpes de calor...

—Por favor, dime que hiciste más de una... —Sentenció Etelvina ansiosa al sentir una nueva y más intensa flatulencia anal provenir de la pequeña bodega.

—Estaba tan orgulloso de mis cálculos, que hice una para cada habitación incluso antes de probar la primera —Gruñó Isidoro corriendo hasta un cajón

cercano donde las bombillas aún se conservaban de manera impoluta al tiempo que la científica retiraba una bombilla corriente de una de las largas lámparas de pie cercanas.

— Espero esto sirva —Acotó la joven nerviosa, mientras su compañero encajaba la nueva bombilla al tiempo que la viscosa monstruosidad se comenzaba a asomar fuera de su refugio.

— Bien, la lámpara es lo suficientemente larga como para atacar con un extremo a la creatura mientras nosotros la sostenemos desde el ángulo contrario, puede que el calor nos afecte, pero...

—Le afectara más a él —Sentenció Etelvina enchufando la lámpara al tiempo que la incandescente luz comenzaba a emitir un brillo de tal intensidad que llamó de manera inmediata la atención de la monstruosa viscosidad quien no dudó en acercarse inocente de lo que le esperaba tratando de tomar la bombilla con su mano, sintiendo súbitamente cómo esta rostizaba su palma, emitiendo lo que parecía un bramido de dolor similar al de un hipopótamo.

— ¡Funciona! —exclamó sorprendido Isidoro tratando de secar el sudor de su rostro con su hombro, notando a una confundida creatura que parecía no saber cómo reaccionar.

— ¡Acércate! —Espetó de pronto la joven científica.

— ¿Qué?

— Míralo, está confundido, sabe que lo que tienes le puede hacer daño, este es el momento, ¡acércate a él con la lámpara como si fuera una lanza!

— Una lanza... —musitó el escuálido científico amante de las armas, quien sin dudarlo comenzaba a moverse cual espartano asediando a la creatura quien confundida no hacía más que gruñir y retroceder.

— Llévalo hasta la bodega... tengo una idea —sentenció Etelvina retrocediendo para buscar en los cajones aledaños al de las bombillas mientras

el joven comenzaba a sentir el aumento de intensidad de su bombilla y la creatura acorralada entre gruñidos ingresaba una vez más en la pequeña bodega—. ¡Lo tengo! —Acotó arrojando un pequeño cilindro en dirección a la creatura—. Si mi suposición es correcta, el único modo de agotar el efecto del suero es sobrecargándolo y, si no mal recuerdo, esas pequeñas baterías de alto voltaje estaban...

— ¡¿Baterías de alto voltaje?! —Increpó eufórico Isidoro apreciando frente a él uno de sus tantos experimentos fallidos absorber una peligrosa cantidad de calor de manera abrupta solo para que en cosa de segundos todo frente a ellos estallara.

\*\*\*\*\*

— Aún no puedo creer la suerte que tuvimos...

— Yo no lo llamaría suerte —Refutó Etelvina entre dientes cambiando las vendas en el cuerpo de su compañero.

— ¿No?

— No...

— Entonces cómo le llamas a salir casi ilesos de una explosión que de paso eliminó todo rastro de tu experimento evitando tener que dar explicaciones a las autoridades los cuales de alguna manera peculiarmente rápida armaron toda una historia donde por alguna extraña razón somos los héroes que defendieron su hogar de los piratas, llegando al límite de incluso reducir a cenizas su propio hogar...

— Eso no es más que una estrategia política de Idelfonso... que, por lo demás, dudo que siquiera él mismo se crea...

— Se lo crea o no, hoy recibiremos nuestras hermosas medallas al valor...

—Prosiguió con ironía Isidoro alzando con dificultad su brazo.

— Deberías dejar de sobre forzar tu brazo, Isi...

— ¿Y permitir que las “anguilas rojas” se salgan con la suya? No, no, no, señorita, este es nuestro problema y debemos solucionarlo. —Cerró el científico con energía mientras su compañera terminaba de ajustar sus vendajes.

— No sabes cuánto lamento habernos metido en esto... —Acotó una ahora sombría Etelvina.

— ¿Y por qué lo lamentas? —Refutó el joven acariciando el rostro de su compañera alzando su mirada—. Mira lo que hemos logrado en menos de un mes, mi hombro había quedado pulverizado por el impacto directo de la lámpara que sostenía y tus viscosos experimentos han acelerado meses de regeneración en días, tal vez tú creas que no deba forzar mi brazo, que aún es débil, que está frágil... pero solo... míralo... aun con dificultad... ya puedo levantarlo...

— Aunque el doctor dijo que tal vez nunca volverías a hacerlo... —Farfulló la científica con un esbozo de sonrisa llena de orgullo y satisfacción.

— ¡Exacto! —Espetó Isidoro apartándose suavemente de su compañera antes de proseguir.— Y tal vez en este mismo tiempo los pobladores de los sectores exteriores finalmente hicieron el suficiente revuelo y ruido para hacerse notar atacando la ciudad en reiteradas ocasiones autodenominándose casi como una burla “anguilas rojas”, pero eso solo ha incrementado la necesidad del alcalde por mi armamento, lo cual nos ha dado todo un nuevo presupuesto que secretamente he estado utilizando para mis nuevas armas...

— ¿Nuevas armas? —Increpó Etelvina mientras su compañero alzaba con energía unas sucias sábanas en un rincón del laboratorio.

— ¡Así es! —gritó eufórico—. Te presento mi más reciente creación y orgullo: “Vulkano”.

— ¿Vulkano? —Increpó intrigada la científica al ver nada más que una simple vara larga frente a ella.

—¡Así es! —gritó nuevamente lleno de euforia el entusiasta científico—. Verás... tal vez tú veas nuestro accidente como algo que quieres olvidar, pero yo no pude dejar de pensar en aquel día, en aquella improvisada “lanza” creada con tan solo una simple lámpara junto una bombilla defectuosa y necesitaba recrear aquella sensación de tener aquel poder en mis manos, me sentía... seguro.... Poderoso...

— ¿De qué estás hablando, Isi?

— Todo lo que he hecho hasta ahora no es más que jugar con electricidad, Etel... tal vez algunos experimentos fueron lo suficientemente potentes para convertirse en grandes “armas” y ganar el favor del alcalde... pero no es diferente a lo que todos tratan de hacer aquí maravillados por el ilustre Tesla... Sin embargo... Vulkano... Vulkano es poder... porque... lo que ves frente a ti ya no es una simple lámpara, querida mía, es una vara de combate forjada con una aleación de titanio y aluminio no solo de gran resistencia física, sino también de alta resistencia al calor, perfecta para albergar en uno de sus extremos algunos de mis nuevos proyectiles explosivos, otra fantástica idea producto de aquel accidentado día.

— ¿Proyectiles explosivos?

— Sí, sí, los llamo “Termitas” y no te preocupes, si bien la idea la tomé de la batería que estallo aquel día, estas municiones poseen una alta resistencia...

— ¿Municiones? —Cortó Etelvina cada vez más impactada.

— Está bien... déjame explicarte, el proceso es simple, la vara puede almacenar 4 termitas, 3 se mantienen en la base de Vulkano como recarga, mientras que una se desplaza hasta la punta opuesta de la misma, esta se activa y genera el calor necesario para mantener a quien sea a raya, los golpes de esta



no solo serán duros y pesados, sino también al estar a una alta temperatura, el enemigo lo pensará dos veces antes de tratar de detener la vara...

— Detener la vara...

— ¡Y no solo eso! Si nuestro enemigo intenta escapar, es allí donde la termita entra en acción, pues la vara puede disparar la termita, que por el calor imbuido no solo será capaz de atravesar lo que sea, sino también tendrá la capacidad de generar una explosión lo suficientemente fuerte como para acabar con el enemigo...

— Acaso... acaso...

— ¿Etel?

— ¿Acaso te volviste loco, Isidoro?

— ¿Loco?

— ¡Sí! ¡Loco! O es que acaso... ¿No ves lo que has creado?

— Oh... ya entiendo... sí... sé a lo que te refieres... —masculló el joven cabizbajo—. Tal vez creas que me volví loco porque pase de aturdir gente y defenderme... a atacar y matarla... pero después de lo que sucedió ese día... y de lo que Lambert consiguió de nuestro laboratorio... esta ciudad y su brillante futuro... está en peligro... y nos guste o no... las anguilas rojas son nuestra responsabilidad. Me gustaba pensar que debíamos defendernos de locos piratas a pesar de que en el fondo siempre supe que era una estupidez, incluso cuando lo defendía contra ti... jamás pensé que terminaría luchando de verdad contra personas tan normales como tú o yo... pero... he visto los informes del alcalde... y tal vez aún me esté guardando muy bien el secreto de que le estoy pagando a alguien por información de lo que sucede allí afuera... y déjame decirte... si alguien con un mínimo de cordura no detiene esto antes de que sea demasiado tarde... Idelfonso y Lambert comenzarán una guerra que solo acabara cuando alguno de los dos pueblos haya desaparecido...

— Matamos a muchas personas ese día, Isidoro...

— Lo sé... hice que alguien averiguara sobre ellos... así que sé el nombre de cada una de esas personas... no sé si eran buenas o malas, si merecían o no morir y, personalmente, no me interesa... solo sé... que mis experimentos los llevaron a la ira... y su ira los llevó directo a nuestro hogar... si nadie hace nada... será un ciclo sin fin... así que ahora solo me puedo repetir día a día... alguien tiene que detener esto... y ese alguien... somos nosotros, Etelvina...

— Yo...

— ¿Crees que estoy equivocado? Por favor... dime que estoy equivocado...

— Yo...

— Dilo...

— No... no lo estás...

\*\*\*\*\*

— ¿Cuántas termitas te quedan? —Exhaló Etelvina nerviosa vertiendo sobre el brazo de su compañero algunas gotas de oscuro color desde un pequeño vial de su manga.

— No las suficientes... —masculló Isidoro sintiendo un incómodo ardor sobre su herida notando cómo esta cicatrizaba casi al instante—. Vaya... definitivamente tus nuevos viales valen la pena todo ese presupuesto.

— Sí, sí lo que digas —Rezongó la científica buscando entre su falda otro pequeño vial que le entregó a su compañero—. Necesitamos refuerzos... —Prosiguió indicándole con un gesto de su mano que bebiera de aquel vial.

— ¿Y cómo se supone que haremos eso? —Increpó el joven sintiendo casi al instante tras beber el líquido como se liberaba del agotamiento.

— Escuché en una de las reuniones de desarrollo que querían implementar un nuevo sistema de telégrafos inalámbricos.

— ¿Unos que utilizaban un sistema de ondas de radio?

— ¡Sí! Ese mismo.

— Definitivamente nos vendría bien algo como eso ahora, pero dado que no es el caso... ¿alguna otra idea?

— Tal vez lo mejor sea volver a la ciudad... esta misión fue un suicidio... un completo error...

— Sí... Creo que el alcalde nos culpa a nosotros por el incidente de las Anguilas Rojas... y aunque nos duela... creo que tiene razón...

— Sí, sí... lo sé, Isi... de no ser por nosotros los Lambert jamás habrían podido equiparar el poder de la ciudad, pero ahora necesitamos ideas... necesitamos salir de aquí...

— Las Anguilas no deben estar muy lejos... y no me queda mucho... solo cinco termitas y dos granadas... ¿tú no tienes algo? ¿Algún líquido que nos haga invisibles? Lo que sea que nos pueda ayudar...

— Supongo que en este punto cualquier cosa es una apuesta... —masculló Etelvina al cabo de unos segundos mientras comenzaba a buscar un nuevo vial entre los pliegues de su vestido —Mira... esto es completamente experimental...

— ¿Qué es? —Increpó Isidoro tomando un nuevo vial que parecía brillar cual oro líquido frente al sol.

— Es un concentrado de ácido oleico y... otras cosas...

— ¿Ácido oleico?

— Si... en términos simples es la sustancia que secretan las hormigas al morir para que el resto las lleve al cementerio...

— Bien... comprendo... pero... ¿Cómo nos va a ayudar esto?

— Si mi teoría es correcta... y espero que lo sea... al rociar esto sobre nosotros, aunque el resto nos vea posiblemente algo en sus cerebros nos debería rechazar por creer que estamos muertos...

— ¿Incluso si nos ven? O sea... ¿seremos invisibles?

— No precisamente... solo será... confuso para ellos y... simplemente nos deberían ignorar... —farfulló la científica incómoda creando una pequeña pausa de incertidumbre antes de proseguir—. La verdad... no lo sé, Isi... aún no lo he probado...

— Tranquila, Etel... tiempos desesperados requieren medidas desesperadas... Ahora... dime... ¿Qué se supone que haga con esto?

— Tiene un pequeño dispensador... debemos rociarlo sobre nosotros. — Logró expresar la científica alertada por diversos gritos que poco a poco se acercaban hasta ellos rasgando de su falda una tira de tela con la que amarró uno de sus brazos a su compañero quien no perdía el tiempo rociando la aceitosa sustancia sobre sus cuerpos.

— ¿Qué estás haciendo Etel? —masculló el científico mientras sacaba una de sus granadas como medida preventiva.

— Si mis cálculos son correctos, apenas el líquido ingrese a nuestro organismo... nosotros tampoco seremos capaces de reconocernos... —Logró decir nerviosa mientras un guerrillero finalmente se asomaba frente a ellos.

— Así que aquí estaban, pedazos de mierda... —Gruñó el desaliñado hombre apuntando con su maltratado rifle frente a los científicos, quienes presa del miedo no hicieron más que quedarse en su lugar sin mover músculo alguno—. Ahora van a ver lo... eh... que... ah... —balbuceó confuso refregando su rostro—. Yo... —Prosiguió frunciendo el ceño tratando de mirar con atención a la pareja—. Yo... eh...

— ¡Miguel! —Se pudo escuchar a lo lejos.

— ¡¿Sí!? —gritó de inmediato el guerrillero.

— ¡¿Encontraste algo?!

— Yo... —murmuró incómodo—. ¡No! —gritó de vuelta tras unos segundos tratando de entender que era lo que sucedía frente a sus ojos solo para girar y retirarse del lugar.

— Eso estuvo cerca... —masculló al cabo de unos minutos Etelvina con su mirada fija en su compañero tratando de concentrarse en él.

— ¿Etel? ¿Sigues aquí?

— Sí... sigo aquí, Isidoro... ¿Me ves?

— ¿Ah?

— Oh, no... —Exhaló la joven científica apretando la tira de tela en su brazo al notar que sus cálculos habían sido correctos—. Este será un largo viaje a casa...

\*\*\*\*\*

— ¿Crees que hicimos lo correcto, Etel?

— ¿Lo correcto? —Refutó la científica con ironía mientras cubría su cuerpo con la mirada perdida en el fuego de la chimenea frente a ellos—. Lo correcto... —Prosiguió pensativa—. ¿Lo correcto respecto a qué, Isidoro?

— A todo esto...

— ¿Todo esto? —Refutó nuevamente la joven con ironía—. Lo siento, Isi... pero tendrás que ser un poquito más específico...

— Tú sabes, Etel... venir hasta aquí...

— ¿Te refieres a venir corriendo hasta el gran y poderoso Nikola Tesla para que nos salve porque a un par de estúpidos se les ocurrió meter la nariz donde no les correspondía? —Espetó sarcástica Etelvina.

— No necesitas ser sarcástica... —farfulló Isidoro molesto—. El señor Nikola tuvo la amabilidad de recibirnos y escucharnos...

— Y sorprendentemente creernos —Acotó la joven pensativa—. Pero aun así... simplemente se marchó...

— Lo escuché hablando con uno de sus asistentes algo sobre ir a hablar con el presidente Luco... o eso creo... mi inglés no es muy bueno... —Acotó el joven científico rascando su nuca con una mueca de desagrado.

— He tratado de comunicarme con sus asistentes, pero no dicen nada...

— Las sirvientas tampoco... aunque no dudan en obedecer nuestras peticiones...

— Como sabes... por ser mujer, muchos políticos simplemente ignoraban mi presencia cuando estábamos en la municipalidad, pero recuerdo haberlos escuchado molestos, quejarse más de alguna vez porque Tesla se negaba a presentarse en las reuniones del consejo...

— Sí... recuerdo que algunos se me acercaban y preguntaban cosas al respecto.

— Estúpidos políticos —refunfuñó Etelvina—. Para ellos todos los científicos somos la misma basura...

— Creo que ellos solo querían saber en qué estaba trabajando, pero por lo que escuché una vez afuera de la oficina del alcalde, el señor Nikola había hecho un trato con la ciudad.

— ¿Un trato?

—Sí... algo así como que él aportaba a mejorar y modernizar a la ciudad, y a cambio tendría total libertad de trabajar en sus proyectos personales.

— Suena a una jugada astuta de parte de ambos lados...

— Supongo que es cosa de mirar esta casa... jamás creí que dormiría en un lugar tan grande como este...

— Y tal vez sea el último lugar donde lo hagamos —refunfuñó Etelvina.

— Vamos, Etel... no seas tan negativa...

— ¿Negativa? —masculló la joven científica—. ¡¿Negativa?! —reiteró con fuerzas.— ¡¿Te parece que hay algo positivo en refugiarnos aquí?!

— Pues... —balbuceó Isidoro temeroso—. Supongo... que al menos estamos seguros...

— ¡¿Seguros?! ¡¿Te parece realmente que estamos seguros Isidoro?! ¡¿Acaso no entiendes la situación?!

— Yo... —masculló el joven compungido.

— No, no... —Cortó sollozante la científica—. Espera solo un minuto... ¡Déjame que te refresque la mente! Porque parece que no estás entendiendo bien la situación...

— Etel...

— Para empezar... hay que ser justos, porque claro, todo comenzó con risas y diversiones, cada uno tenía lo que quería para completar sus experimentos y de alguna u otra manera parecíamos ser los favoritos del alcalde... claro... tú más que yo, pero ya nos quedó claro que la preferencia del alcalde por lo hombres es más que una simple preferencia.

— Por favor, Etel...

— No, no, espera, que ese es solo el comienzo, ahora viene lo interesante, porque si bien la pacífica ciudad de La Serena es la capital del progreso científico, por alguna extraña razón, muchos de por aquí, aun vivían con un extraño miedo a los piratas... y claro... al parecer no era un miedo tan infundado... después de todo, extrañas personas querían ingresar a nuestra ciudad, y ahí entramos nosotros, creando los mejores sistemas de defensa posible, armas capaces de aturdir a kilómetros, brebajes insólitos que te permitían soportar la electricidad, o el calor, incluso volverte más fuerte ¿Y

todo para qué? Al final la curiosidad científica pudo más en nosotros que la palabrería de los políticos y más temprano que tarde descubrimos todo lo que allí afuera existía, ¡Era casi una ciudad completa! liderada por los herederos y directores de la fundición Lambert, personas como nosotros que no querían más que una vida digna, pero claro, al principio los vimos con lástima, luego como nuestros enemigos y ahora que los vemos con pena, debemos escondernos porque sabemos que no son más que peones en una guerrilla premeditada y orquestada por nada más ni nada menos que nuestro querido alcalde don Idelfonso Marambio quien se coje a uno de los Lambert dispuesto a sacrificar a su propia gente con tal de... de... de... ¿Con tal de qué, maldita sea?!

— Poder, Etel... solo quieren más poder...

— Eso ya lo sé, Isidoro... pero... ¿Cómo?!

— Los planos que pude leer mostraban la refundación de una nueva ciudad, pero no era algo tan simple como eso... al parecer todo lo que estuvimos trabajando lo quieren usar para hacer... un golpe de estado...

— ¿Qué?! ¿Y por qué mierda no me lo dijiste?!

— No sabía cómo decírtelo, Etelvina... Pe... pero si sirve de algo... se lo dije al señor Nikola cuando hablamos con el... —Logró expresar Isidoro nervioso mientras la habitación poco a poco se llenaba con las confusas carcajadas de Etelvina.

— Bueno... ahora entiendo por qué Tesla se fue corriendo a la capital... — Acotó entre risas—. Supongo que ahora solo nos queda esperar que nos culpen cuando la República de Chile no pueda hacer frente al poder armamentista de Idelfonso y los Lambert...

— Sí... supongo que por ahora... solo nos queda esperar...



— Desde mis años como ministro de Balmaceda que jamás pensé que volvería a ver algo como esto —refunfuñó el presidente Ramón con la mirada fija en sus tropas desde su carpa de mando—. Debo admitir que desde un principio estaba escéptico de todo esto, pero si bien el señor Nikola es un hombre de pocas palabras... después de todo lo que ha hecho por la nación... se ha vuelto bastante convincente... —Cerró unos segundos antes de proseguir volteando hacia los jóvenes científicos—. Ahora... volviendo a ustedes dos... El señor Nikola dice que son de lo mejor en innovación científica que ha visto en La Serena.

— Vaya... —masculló Etelvina confundida quien aún no comprendía del todo la incómoda situación.

— Claro... —Prosiguió Ramon Barros ligeramente incómodo—. Creo que me corresponde pedir unas disculpas de parte de mi servicio secreto, al parecer cuando se les informó que ustedes eran valiosos activos con información clasificada, debieron asumir que estaban de parte de Idelfonso o los Lambert, por lo que, como podrán notar, no los escoltaron de la manera más... educada...

— Creo que perdí un diente... —farfulló Isidoro aún aturdido.

— Espero que comprendan la situación y dejemos los rencores de lado — Prosiguió el presidente con una ligera inclinación de su cabeza hacia su guardia personal, quien inmediatamente cortó las cuerdas de manos y pies que limitaban los movimientos de los jóvenes científicos.— Ahora... debemos ser justos... el señor Nikola nos advirtió... o más bien nos informó de su alta capacidad no solo como inventores... sino también en el combate cuerpo a cuerpo y, a juzgar por el estado en que ustedes llegaron hasta aquí y el estado

en el que dejaron a varios de mis hombres, yo diría que son incluso mejores de lo que se nos dijo.

— Él tiene un serio problema obsesivo con las armas —Cortó Etelvina mientras revisaba la boca de su compañero—. Y yo solo ingerí todos los viales que creí necesarios.

— Aun así...

— Mis disculpas, señor presidente —Interrumpió una vez más la joven mientras limpiaba la sangre en el rostro de su compañero—. pero nosotros no somos soldados... solo somos dos científicos que querían un mundo mejor y la cagaron...

— La culpa no es de ustedes señorita... no son los primeros científicos jóvenes e idealistas que caen en manos de alguien sediento de poder. Sin ir más lejos, como ustedes bien saben, muchos de los inventos en los primeros años del señor Tesla, fueron usurpados por el empresario Edison...

— Sí, sí... —Cortó nuevamente la joven—. Todos conocemos las historias. Ahora, ¿Qué quiere de nosotros?

— Directa, me agrada eso, señorita Etelvina —Acotó Ramón tomando asiento frente a ellos—. Veamos entonces, mucho de lo que sucede ya lo saben, y la situación es tan simple como compleja. Idelfonso planeaba una falsa guerrilla contra su ciudad, incluso ya había pedido ayuda al Estado y muchas de las tropas que hoy se encuentran aquí, venían en su apoyo. Claro, nosotros poco sabíamos que apenas llegáramos las armas creadas por el aquí joven presente, nos dejarían fuera de combate, entregando sin saberlo, todo el armamento necesario a Marambio y los Lambert para realizar un golpe de estado y ya tuvimos un par de esos hace unos 20 años atrás, claro... como saben, fueron un total fracaso... pero uno nunca debe ser confiado y aunque en mi caso, suelo preferir la vía pacífica... por lo que me ha comunicado el

señor Nikola, el edil de La Serena ya tiene suficiente poder y gente como para comenzar con o sin nuestro consentimiento, una guerra civil por el poder de la nación.

— Sus hombres me golpearon bastante fuerte, señor presidente, pero estoy segura de que ya hice esta pregunta —Refutó Etelvina con desagrado—. ¿Qué quiere de nosotros?

— Pues... los quiero a ustedes...

— Bueno, supongo que su banda de matones ya resolvió eso... —refunfuñó la joven apuntando el maltrecho rostro de su compañero—. Ahora... no insulte nuestro intelecto y díganos de una vez quere de nosotros.

— Según Inteligencia, si esto fuera una guerra normal, pues tenemos los hombres, las armas y el deseo de proteger la nación... pero tanto ustedes... principalmente... como todos los otros notables científicos de la ciudad de La Serena, sumado a toda esa población fuera de los registros al servicio de los Lambert... nos pusieron en una situación bastante complicada, tanto en ejército... como en armamento...

— Y déjeme adivinar —Cortó Etelvina con desagrado—: ¿Quiere que hagamos por usted lo mismo que hicimos por el mal nacido de Idelfonso?

— Los informes de mis hombres, dicen que ustedes se defendieron con armas tan letales como prácticas, además del hecho de que tal parece usted era... en palabras de soldados bien entrenados... “imparable”

— ¡Ja! —Escupió la joven con ironía—. Ustedes los hombres con poder no son más que simples niños con suficiente dinero para pagar lujosos juguetes que tarde o temprano usarán para matar...

— Y ustedes los científicos no son más que niños ciegos y arrogantes que están dispuestos a hacer lo que sea con tal de crear estos nuevos juguetes, así

que no venga aquí con insultos infantiles señorita Etelvina, usted y su compañero están tan metidos en esta mierda que tuvo que llegar el Estado a salvarlos... —Aseveró el presidente creando una nube de tensión en el lugar que crecía con cada segundo de silencio que resonaba en el reloj más cercano.

— Está bien, Etel —Acotó de pronto un ya más despabilado Isidoro—. El presidente tiene razón... fuimos ciegos... y mucho de esto es nuestra culpa...

— ¡¿Isidoro?! ¿Estás bien?

— Algo mareado y la boca me apesta a sangre, pero sé que el presidente se hará cargo de eso.

— Por supuesto, joven —Inquirió raudamente Ramón.

— Haremos lo que nos piden, presidente —Prosiguió Isidoro—. Pero... aunque nos somos soldados... nosotros también iremos a esta guerra...

— Claro, todas sus creaciones estarán en manos de los soldados de nuestra nación...

— No... —Cortó Etelvina mirando la determinación en el rostro de su compañero—. Cuando terminemos con lo que nos piden, nosotros también estaremos al frente...

— Y seremos nosotros —Prosiguió el joven científico recobrando la compostura— Los verdugos personales de Idelfonso...

— Supongo... —masculló escéptico Ramón luego de unos segundos—... Que entonces... tenemos un acuerdo... —Cerró levantándose de su silla y estirando con completa confianza su mano ante los jóvenes científicos, quienes, a pesar del dolor, no dudaron en replicar el gesto de su presidente y cerrar su pacto bélico.

— ¿Dónde mierda podrá estar? —Gruñó Etelvina tras abrir otra puerta hacia una habitación completamente vacía.

— ¡¿Encontraste algo?! —Se escuchó a la distancia la reconocible voz de Isidoro.

— ¡Nada! —gritó la joven científica completamente desagradada en dirección a su compañero quien ahora la esperaba en la sala principal del aparentemente vacío edificio municipal—. ¿Dónde crees que podría estar?

— El servicio de inteligencia decía que estaría aquí...

— Pues muy inteligentes parece que no son —farfulló la joven con ironía.

—Al menos tuvieron la decencia de obedecerte y quedarse afuera —Acotó el científico tratando de acomodar las correas en su brazo de su más reciente creación.

— Sí, sí —murmuró la joven ayudando a su compañero—. Vas a tener que hacer algo respecto a estas correas, Isi.

— Servirán por ahora, Etel. Además, la ametralladora de brazo, será tal vez mi última creación bélica...

— ¿Entonces tomarás mi consejo de finalmente usar tu intelecto para algo más que armas?

— Bueno, si salimos vivos de esta guerra, de algún modo tendremos que ganar dinero.

— Desde que todo esto comenzó me suelo preguntar si todo el dinero que ganamos cuando trabajábamos para Idelfonso aún existirá... en mi mente me gusta decirme que lo escondimos muy bien, pero cuando nos fuimos, estoy segura de que debieron allanar esa casa centímetro por centímetro.

— Yo llevé algo conmigo cuando fuimos por la ayuda del señor Nikola, pero dado que nos sacaron de ahí a la fuerza no tuve tiempo de esconderlo...

— Y no cabe duda de que esa casa también fue allanada...

— Bueno... supongo que oficialmente estamos quebrados —Acotó finalmente Isidoro al cabo de unos segundos alzando los hombros entre contagiosas risas que rápidamente capturaron a Etelvina.

— Bueno... —Prosiguió la joven acomodando su pechera metálica luego de un profundo suspiro—. ¿Y ahora qué? —Logró decir al tiempo que una pequeña explosión resonaba a las afueras del edificio municipal.

— ¡¿Qué fue eso?!

— ¡¿Cómo podría saberlo?! ¡Estoy aquí contigo!

— Debemos mirar afuera, algo debe estar sucediendo.

— ¿No se supone que el increíble servicio de inteligencia estaba allí?

— Debemos prepararnos para lo peor —Afirmó Isidoro acercándose a una mirilla en la puerta exterior escuchando de manera inmediata una voz que ellos ya conocían.

— Me disculpo por la demora —Exclamó Idelfonso—, pero esta belleza era un poco más complicada de montar de lo que esperaba.

— ¿De qué está hablando? —increpó Etelvina moviendo a su compañero—. ¡Déjame ver! —Vociferó acomodándose en la mirilla y apreciando confundida lo que parecía una extraña armadura sobre el cuerpo del edil.

— Leí algo hace un tiempo en uno de los informes sobre un prototipo de exoesqueleto que un ruso estaba desarrollando con fondos municipales... un tal Nicholas creo...

— ¡¿Y esa información en qué nos ayuda en este momento?! —Vociferó nerviosa la joven notando los cuerpos sin vida del servicio de inteligencia alrededor de un ahora imponente alcalde quien alzaba una mano junto a lo

que parecía un pequeño cañón sobre el mismo—. Mierda... —balbuceó buscando nerviosa entre sus viales.

— ¿Qué sucede?

— Poliuretano —balbuceó la joven científica tomando distancia de la puerta indicándole a su compañero que se refugiara mientras acomodaba varios frascos en su mano y comenzaba a arrojarlos uno tras otro hacia la puerta—. No tuve el tiempo suficiente de probarlo y solo me basé en algunos estudios a medias de hace algunas pocas décadas... pero si funciona... nos comprará algo de tiempo. —Cerró viendo con entusiasmo cómo una de las primeras manchas del aparentemente inofensivo líquido comenzaba a expandirse cual espuma.

— ¿Y cómo es que esa espuma nos ayudará?

— Solo dale unos segundos —contestó la joven esperanzada viendo cómo la espuma llegaba a su punto límite y rápidamente comenzaba a cristalizarse al tiempo que las demás manchas comenzaban a expandirse de igual manera cubriendo la totalidad de la puerta.

— ¡Toc, toc! —Se pudo escuchar entonces desde el exterior mientras la última espuma se cristalizaba, acompañada de un estruendoso disparo que arremetió al instante en la ahora asegurada puerta—. Vaya, vaya... —vociferó Idelfonso recargando su cañón—. Ustedes nunca dejan de sorprenderme. —Cerró con un segundo disparo que logró generar grietas en la cristalizada espuma.

— ¿Cuánto crees que aguante esa cosa?

— Lo suficiente para prepararnos —Aseveró Etelvina sacando un par de viales con un líquido rojizo, arrojando uno hacia su compañero quien al igual que ella, no perdió tiempo en beberlo.

— La receta secreta... —balbuceó Isidoro sintiendo los diversos efectos del vial recorrer su cuerpo mientras su pulso se aceleraba y sus pupilas se dilataban.

— Y recuerda... —Increpó la joven sintiendo el estruendo de un nuevo disparo contra la puerta, agrietando aún más la sólida espuma —No eres invulnerable, cuando el efecto del vial se agote, el daño acumulado en tu cuerpo podría matarte... por favor... sé precavido... —Acotó acortando la distancia con su compañero y entregándole un nuevo vial, más pequeño que el anterior y con un líquido blanquecino casi transparente.— Este... —prosiguió posando su frente sobre junto a la de Isidoro —Es el último recurso... si las cosas salen mal... solo necesitas romperlo en tu mano... o cualquier zona directa de piel... el líquido se absorberá vía cutánea y el efecto no durara más de un minuto. —Cerró apartándose mientras sacaba un elegante gotero de su traje con una sutil imagen de un colibrí y dejaba caer incontables gotas sobre sus ojos sintiendo cómo poco a poco el mundo frente a ella se volvía más lento, al tiempo que finalmente aquella puerta que los apartaba del maniático edil se destrozaba ante sus ahora desorbitados ojos.

— ¡Es hora de la reelección! —vociferó Idelfonso corriendo confiado hacia el interior del edificio municipal recibiendo de lleno el impacto de una termita, la cual sin inconveniente alguno logró rebotar en su metálico brazo, evitando así la explosión de la misma, contestando sin dudarle con una ráfaga de proyectiles de plomo, la cual ambos científicos ahora imbuidos por los efectos de los viales pudieron esquivar sin problema alguno.

— Clásicas y anticuadas armas de fuego. —Acotó Etelvina corriendo a toda velocidad hasta el edil, arrojando junto a un extraordinario salto sin problema alguno un frasco tan pequeño, que entró a la perfección en la boca del rifle para luego esconderse tan rápido como había aparecido.



— Anticuadas, pero efectivas a su manera —Prosiguió el edil junto a una nueva ráfaga de disparos, los cuales tras la primera ronda comenzaron a trabarse.

— El problema del sobrecalentamiento de esas anticuadas armas, don Idelfonso, es que, junto a ciertos componentes, pueden llamar muy rápidamente a la oxidación —vociferó la joven entre carcajadas llenas de sarcasmo al tiempo que la oxidación se expandía a toda velocidad en el arma que portaba el edil, arrojándola lejos de él.

— No fue un mal truco —espetó el alcalde con un pequeño gesto de sus dedos, desprendiendo un pequeño fragmento de metal de cada uno de sus brazos, revelando casi al instante de aquellos compartimentos, un par de nuevas armas de fuego, que no dudó en poner en acción, llenando el lugar con agujeros y estruendo.

— ¡El hijo de perra robo mi idea! —masculló Isidoro sorprendido por la revelación armamentista que el edil guardaba, saliendo así, sin miedo alguno de su escondite, extendiendo su mejorada barra Vulkano la cual comenzó a girar a gran velocidad siendo inmediatamente el blanco de todos los disparos que el edil percutaba—. A pesar de ser alcalde en una ciudad llena de brillantes científicos, usted definitivamente tiene mucho que aprender. —Acotó el científico desviando todos y cada uno de los proyectiles que fueron arrojados en su dirección antes de proseguir—. Debo admitir que al verlo en ese extraño traje sobre todo el grupo de inteligencia, sentí algo de temor, pero supongo que al final no era más que grandes disparos y mucho metal... nada que un poco de magnetismo no pueda detener. —Cerró al tiempo que Etelvina lazaba bajos los pies del edil un nuevo prototipo de granada que al igual que la mejorada Vulkano, desprendía un pequeño pero intenso campo magnético que llevó al edil inmediatamente de rodillas hacia el piso.

— Allí es donde te equivocas, joven Isidoro —farfulló el edil con un nuevo gesto de sus manos, que al igual que el anterior, desprendió otra pequeña porción de las metálicas cubiertas de sus brazos, permitiendo ver esta vez, dos pequeños tubos que rápidamente comenzaron a expeler intensas llamas cual soplete direccionadas al pequeño aparato magnético—. Pues si bien, como todos saben, no soy un científico como ustedes, sé algunas cosas simples y básicas... —Prosiguió levantándose y lanzando desde su nuevo compartimento lo que parecían pequeñas bengalas en todas las direcciones—. Y una de esas, es que tu bonito truco de magnetos no va a funcionar en una habitación llena de calor. —Cerró el alcalde reincorporándose mientras sus bengalas comenzaban a expeler pequeñas llamas que no tardaron en comenzar a consumir la madera del lugar.

— Supongo que tendremos que hacerlo de la manera clásica... —Logró decir el joven científico perdiendo completamente el aire tras sentir de lleno un imponente impacto en la boca de su estómago.

— ¡Isi! —gritó Etlvina socorriendo sin vacilar a su compañero sacando de sus mangas un par de chuchillas de mano que empuñó inmediatamente para atacar a Idelfonso, quien tuvo la habilidad para bloquear todos y cada uno de los ataques de la frenética científica mientras el joven imbuido por los efectos del vial rojo, no tardaba en reincorporarse y complementar los ataques de su compañera.

— ¿Entonces esto es todo lo que tienen?! —Espetó Idelfonso eufórico al ver lo que su nuevo traje podía hacer desviando incluso un par de ataques sorpresa de las termitas de Isidoro, quien no lograba asestar ningún golpe con la ardiente punta de su Vulkano y que gracias a aquellas termitas solo había logrado incrementar las llamas del lugar.— ¡Entonces supongo que es mi turno! —vociferó frenético el edil asestando de lleno un golpe en el rostro del

joven científico arrojándolo lejos, mientras Etelvina quien aún conservaba los efectos de sus gotas de colibrí tomó uno de los viales ocultos en su ropa y lo arrojó hacia el rostro de su enemigo, quien, al igual que con las termitas, logró desviar sin problemas de su rostro—. Tal vez hayas podido aumentar tu velocidad y resistencia, mujer, pero no eres rival para la velocidad de reflejo que otorga mi exoesqueleto. —Cerró confiado levantando su guardia contra la joven científica, quien no dudó en replicar el gesto empuñando con fuerzas sus cuchillas frente al edil.

— Espero que sepas lo que haces —masculló Etelvina lanzando el primer golpe tan veloz, que solo la dureza del exoesqueleto del alcalde pudo salvarlo del furioso filo de sus cuchillas.

— ¡¿Una mujer que sabe pelear?! —vociferó irónico Idelfonso retrocediendo poco a poco, logrando esquivar a duras penas los feroces golpes que la joven científica no dejaba de lanzar.

— Tal vez pienses que tienes todo bajo control en esta ciudad, asqueroso sodomita —Acotó la científica llena de ira notando entre las chispas del choque de sus cuchillas y el exoesqueleto de su enemigo, que poco a poco este comenzaba a ceder—. Pero, aunque no lo creas, la Sociedad de Unión y Fraternidad de obreras sí logró ingresar en la ciudad. —Cerró logrando su objetivo, desgastando lo suficiente una pequeña sección cerca del rostro del edil, donde el filo de su cuchilla logró ingresar.

— ¡Suficiente! —gritó el alcalde lleno de adrenalina encendiendo nuevamente los sopletes de sus brazos para crear distancia entre él y su rival, sin siquiera notar el corte en su piel—. ¡Esto se termina aquí y ahora! —Espetó intentando disparar, notando que las armas de fuego en sus brazos estaban oxidadas.— Zorra astuta —balbuceó molesto, pero confiado, golpeando su pecho, dejando caer un pequeño fragmento de su exoesqueleto y revelando lo

que parecía un pequeño generador el cual con relativa calma, retiró y dividió en dos partes, posicionándolas sobre sus brazos, los cuales comenzaron a brillar de manera intensa expeliendo pequeños y erráticos rayos de color blanco iridiscente.— Tesla definitivamente vomitaría su almuerzo si viera que logramos reducir su bobinas lo suficiente para integrarlas en este exoesqueleto convirtiéndolas en algo... letal...

— Etel... —balbuceó Isidoro reincorporándose junto a su compañera—. Si mis estudios no me fallan, la iridiscencia de esos rayos solo puede indicar lo peligroso de los mismos...

— ¿Qué tan peligroso? —Increpó Etelvina notando cómo poco a poco el efecto del suero colibrí comenzaba a decaer.

— Pongámoslo así —acotó petulante el edil—: un golpe de estos y no serán capaces de votar en las próximas elecciones... bueno... al menos el joven Isidoro no podrá, usted señorita Etelvina... aunque logre sobrevivir... tal vez nunca pueda...

— Sodomita y misógino... —replicó la joven con ironía tomando un pequeño frasco de líquido blanquecino casi transparente—. Bueno... supongo que tendremos que mantener la distancia. —Cerró al tiempo que su compañero le entregaba una pequeña barra metálica.

— Entonces... ¿Último recurso? —murmuró Isidoro sacando su frasco mientras Etelvina presionaba el pequeño interruptor de su Vulkano, la cual se extendió rápidamente comenzado a generar al instante calor desde uno de sus extremos.

— Último recurso... —Aseveró la joven pegando su espalda a la de su compañero al tiempo que ambos bebían de sus pequeños frascos para arrojarlos entre las llamas cercanas. — Una lástima que los científicos no vayan al Cielo... —murmuró Etelvina sintiendo cómo el estimulador de adrenalina

se mezclaba dentro de su cuerpo con el vial rojo acelerando todo su organismo más allá del límite que un humano normal podría soportar.

— Te equivocas, Etel... —Increpó Isidoro sintiendo como las llamas a su alrededor se movían cada vez más lento—, el Cielo siempre fue estar junto a ti. —Cerró apreciando como a pesar de que todo a su alrededor parecía detenerse, el edil se desplazaba tan rápido como si nada le afectara, cortando su distancia con los científicos en un instante, siendo esquivado sin problemas por estos, quienes al unísono retumbaron sus Vulkanos en la espalda de su enemigo, llevando su rostro hasta el piso, el cual no tardó en levantarse, y arremeter una vez más contra los jóvenes quienes nuevamente le esquivaron, pero esta vez golpeando en sincronía el pecho de Marambio, quien fue violentamente arrojado a las llamas cercanas, derribando incluso una de las paredes del lugar, elevando el fuego en el lugar que poco a poco por efecto de las mismas, comenzaba a hacer ceder la estructura—. Fulminum Fortitudo Fideles Filium —masculló entonces el joven científico.

— ¿Qué? —Increpó una confundida Etelvina.

— Fuegos darán fortaleza a los hijos fieles...

— ¡¿Qué?! —reiteró la joven científica aún más confundida

— Tras el gran incendio la ciudad fue refundada por fuego y fuerza, lo que dio paso las F en el escudo regional... o algo así...

— ¿De qué mierda estás hablando, Isidoro?

— No estoy seguro —Logró decir el joven antes de caer sobre sus rodillas y comenzar a vomitar frenéticamente al tiempo que Etelvina podía apreciar la figura de Idelfonso caminar entre las llamas en su dirección, el cual poco a poco comenzó a sentir el cuerpo desorbitado, perdiendo el equilibrio, esmerándose en poder seguir su objetivo, hasta finalmente llegar a la joven científica sin poder levantar sus brazos ni pronunciar palabra alguna,

esforzándose al máximo por poder maldecirla al notar en su desesperación el ardor de aquel pequeño corte que previamente la joven había realizado cerca de su rostro.

— Pensé que el veneno nunca haría efecto —Acotó la joven con orgullo notando la espuma que ahora desbordaba de la boca de su enemigo, a quien esta, no dudo en posicionar la punta ardiente de su Vulkano sobre su rostro deformándolo y llevándolo al máximo nivel de sufrimiento, antes de que el veneno terminara de llenar el organismo del edil, cayendo así pesadamente en sus espaldas sobre su propio peso.— Vaya... pensé que esto no terminaría nunca... —masculló sintiendo, al igual que su compañero, cómo el efecto de su último recurso se agotaba perdiendo así casi al instante la conciencia.

\*\*\*\*\*

—Estoy un poco confundida... —balbuceó Etelvina mientras la enfermera cambiaba sus vendajes.

— ¿Solo un poco? —Increpó Isidoro con su cabeza completamente vendada.

— Sí... digo... entiendo que ganamos... pero... ¡¿Cómo?!

— Eso —Acotó una inesperada voz en un duro y reconocible acento extranjero— te lo podría explicar yo mismo...

— ¿¡Señor Nikola!? —exclamó Isidoro al reconocer la voz sin poder ver nada debido a la fractura en su rostro.

— El mismo, joven Isidoro —Prosiguió el científico—. Vine a ver cómo estaban.

— Mejorando —Acotó Etelvina aliviada —¿Y usted?

— Mejor que ustedes, al parecer —Bromeó el inventor.

— Entonces... —Acotó la joven aclarando su garganta —¿Es cierto eso de los vehículos blindados que disparaban rayos desintegradores?

— Puede que suene como una exageración... pero sí... es cierto...

— Y... ¡¿Qué sucedió?! —Increpó Isidoro.

— Bueno... pues creo que todo eso... es una larga historia... así que les recomiendo acomodarse... porque esto nos va a tomar... algo de tiempo....

# UNA VEZ MÁS

Por Romina Riquelme

La tormenta de arena había cubierto nuevamente la ciudad, dejando restos de polvo anaranjado en las superficies de concreto, aunque ya no quedaba nada que salvar, aún persistían de pie los edificios esqueléticos como manguantes guardianes de un tiempo extinguido, y entre medio de ellos, la naturaleza se lo tragaba todo con la lentitud de quien siempre ha sobrevivido a la destrucción.

Los registros de la historia antigua se perdieron en algún punto del tiempo. Sin embargo, las tribus cuentan que el mundo fue muy diferente, que los hombres vivieron concentrados en lugares llamados ciudades y que construían sus hogares en altas construcciones que alcanzaban el cielo, pero una guerra venida desde las estrellas acabó con todo. Los que sobrevivieron se dispersaron por la tierra, luchando entre ellos para sobrevivir.

El incesante sonido metálico reverberaba en todo el lugar, las espadas chocaban constantemente en un frenesí violento de movimientos rápidos y ágiles. Las chispas volaban, iluminando sus rostros sudorosos y tensos, no había tiempo para descansar ni bajar la guardia, su oponente parecía hacerse más fuerte con cada ataque, ¿o acaso era ella quien se iba debilitando más y más? El hombre parecía ser de esos renegados que viajaban solos recolectando lo que encontraban; parecía muy fuerte y llevaba las orejas de sus enemigos como trofeo. Lara había alcanzado a contar diez.

Eli y Ele miraban con angustia contenida la escena, les habían entrenado para soportarlo, pero no podían evitar tener miedo. Habían sido testigos de varios encuentros donde Lara había sido la ganadora y los enemigos habían terminados destrozados, pero siempre estaba esa pregunta en sus mentes “¿hasta cuándo?”.



De pronto el grito de ella los alertó, ¡su enemigo había logrado hacerle un corte en el brazo tan profundo que la sangre escurría con rapidez al suelo, los niños gritaron desesperados: «¡Mamá!», temiendo que la perderían.

Desorientada por el último golpe, sintió que todo comenzaba a darle vuelta. Buscó los rostros de sus hijos entremedio de la chatarra, estaba muy exhausta, apenas podía mantenerse en pie, le costaba respirar, la mirada de su oponente estaba inyectada de sangre, esta era su muerte, estaba segura, incluso deseó ser vencida y acabar con todo... Pero entonces vio sus rostros infantiles, sus grandes ojos abiertos por el miedo y se repitió a sí misma: «Hoy no». Aspiró el aire con firmeza, intentando recuperar toda la energía posible a su agotado cuerpo, tensó los pies aferrándose al suelo e inclinó su cuerpo hacia adelante.

Entonces, se lanzó con todas sus fuerzas en un ataque directo, pero su oponente una vez más, la bloqueó con el doble de potencia, desviando la espada hacia un lado, soltando partes mecánicas del arma. Bastó ese segundo de demora para que, con un rápido movimiento, volviera a intentarlo, esta vez con un golpe lateral, pero su oponente que parecía leer cada movimiento también la evadió con un salto ágil hacia atrás.

La batalla se prolongó por horas, el sol comenzaba a bajar del cielo, al igual que la temperatura, ambos sabían que debían finalizar, la noche traía muchos más peligros que ellos dos juntos; combatían con una determinación feroz, saltando y esquivando mientras intentaban encontrar una abertura en la defensa del otro. Finalmente, su oponente comenzó a mostrar fatiga, le temblaba la pierna izquierda lo que le hacía demorarse unos segundos en ponerse en defensa, optó por atacar su lado más débil, esperando que hiciera un mal movimiento, esto era el todo o nada y entonces, ¡saz! Vio la abertura

necesaria y, con un giro rápido de su espada, cortó la de su oponente por la mitad.

Los restos de la espada mecanizada cayeron al suelo como piezas de chatarra, mientras el guerrero derrotado retrocedía, sorprendido y aturdido. Su figura quedó congelada como una sombra, mientras las tripas colgaban de su cuerpo, Lara se dejó caer al suelo agotada por el esfuerzo, miró el cielo con sus arreboles morados y le pareció lo más hermoso que había visto en años.

El hombre le susurró antes de desvanecerse que nunca dejarían de perseguirle, pero ya no importaba: había ganado.

Después de unos minutos los niños salieron del escondite, recogieron todo lo servible del guerrero derrotado, le vendaron el brazo a Lara, la obligaron a beber un poco de agua y esperaron preocupados hasta que recuperara el aliento.

Activaron el perro mecánico, un robot de tres metros diseñado que en sus primeros años de existencia era utilizado en la minería para excavar terrenos difíciles, pero que ahora servía como transporte, para que llevaran a la agotada Lara. Los chillidos de las criaturas comenzaban a aumentar y hacerse más cercanas. Lara se subió al *Perro* sin mirar atrás donde las criaturas se estaban dando un festín con el muerto. Se trasladaron rápidamente al bunker, que estaba construido en el interior de un edificio que antaño había sido un banco. Ellos nunca entendieron el sistema, a pesar de que su madre les había explicado, le parecía tonto que los hombres del pasado guardaran lo que ellos consideraban dinero, en papeles de colores.

Lara se acostó dentro de la bioconservadora para poder recuperarse; la habían encontrado en las ruinas de un antiguo hospital y aún funcionaba, aunque a un 50% de su capacidad, lo suficiente para recuperarse y poder trasladar el refugio a otro sector.

Se había quedado profundamente dormida, cuando un fuerte ruido en la entrada del búnker los sacudió a todos. Los chicos activaron las trampas lo más rápido que pudieron, tomaron sus armas y se prepararon para contrarrestar el ataque. Sabían que su madre necesitaba descansar, así que tomaron el mando y comenzaron a prepararse para la lucha. Programaron al perro mecánico para que la protegiera mientras ellos se hacían cargo de los intrusos. Eli se aseguró de que las trampas que habían colocado alrededor del refugio estuvieran en su lugar, mientras que Ele preparó su arco y flechas para defender la entrada.

Un grupo de cinco saqueadores finalmente logró romper la puerta y entrar al refugio. Los niños se escondieron detrás de las paredes y comenzaron a disparar a los intrusos. A pesar de ser solo niños, su madre los había entrenado para la supervivencia sobre todo en armas, más de una vez le preguntaron quién le había enseñado a ella, pero solo callaba mirando con nostalgia hacia el horizonte.

Los saqueadores eran hombres grandes, fuertes y estaban bien armados, aun así, Ele y Eli los mantenían a raya. Sin embargo, uno de ellos lanzó una bomba de ruido que dejó a los niños aturdidos y fue lo suficientemente fuerte para despertar a Lara que estaba durmiendo dentro de la cápsula; se levantó con rapidez y en vez de tomar la espada mecánica, se armó con una KRISS Vector, un subfusil de última generación.

Mientras el humo se disipaba en el refugio los niños se habían trasladado al interior del búnker, buscando armamento para contraatacar, pero no tuvieron que hacer nada más, porque su madre apareció disparando, un saqueador cayó de golpe con la cabeza destrozada, mientras que un segundo, caía con un hoyo en el pecho. Se cubrió detrás de una pared, aprovechando el caos logró acercarse a los niños, los revisó rápido para cerciorarse de que no estuvieran heridos.

Uno de los saqueadores intentó distraerla, mientras que los sobrevivientes les lanzaban granadas. Con gran agilidad Lara agarró a los pequeños y se refugió tras el perro mecánico que por su estructura fue capaz de recibir el ataque.

Enfurecida dejó a los niños con el perro mecánico y se deslizó por la orilla aprovechando la escasa iluminación. Llegó detrás de uno de los saqueadores y le cercenó la garganta, y antes de que su compañero se diera cuenta, un disparo le atravesaba el cráneo. El último hombre levantó los brazos en rendición, prometiendo no volver, pero ambos sabían que no era verdad, en este mundo salvaje las promesas no existían y le disparó entre medio de los ojos, sus ojos volaron en diferentes direcciones mientras los sesos caían al suelo.

Lara ordenó a los chicos empacar, el búnker había sido destruido en la pelea y ya no era seguro para ellos seguir allí, seguramente el ruido de la batalla había alertado a más tipos como ellos, tenían que partir y encontrar un nuevo lugar para establecerse. Por suerte el perro mecánico había sufrido daños menores y podía acarrear la mayoría de las cosas, cubrieron sus rostros con lentes y bufandas ya que una nueva tormenta de arena había comenzado. Se alejaron de la ciudad tomando una ruta por una antigua autopista aún transitable. «Iremos hacia las tierras verdes», dijo en seco, los niños respondieron con silencio, pero gritaron asustados cuando vieron a lo lejos, una figura ovalada y plateada. Una nave descendía de los cielos en dirección a la ciudad. Los niños sorprendidos le preguntaron a su madre, pero ella solo respondió que eran mucho más peligrosos que los saqueadores, obligó a los niños a seguir caminando, con la esperanza de que la tormenta de arena hubiera cubierto sus presencias.

## ÍNDICE

<b>NULLARIS</b>	<b>09</b>
I.A. Galdames	
<b>LA TORRE</b>	<b>22</b>
Mauricio Ahumada Jones	
<b>SE BUSCA EXOMINERA</b>	<b>45</b>
Claudia Rendi	
<b>ADECUADA</b>	<b>59</b>
Alfredo Rodríguez Pérez	
<b>RECUERDOS</b>	<b>63</b>
Felipe A. Benavides Ramos	
<b>PROYECTO ANGUILA</b>	<b>77</b>
Jesús Todemun	
<b>UNA VEZ MÁS</b>	<b>120</b>
Romina Riquelme	